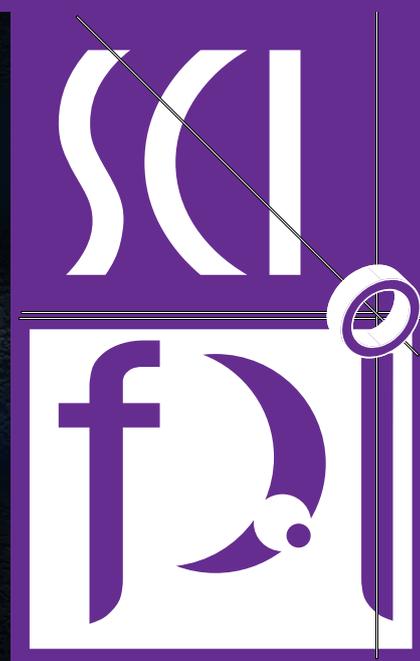


Sci-Fdi: Revista de Ciencia Ficción  
de la Facultad de Informática  
de la UCM



# Una rapsodia binaria

## Bardos de toda la galaxia se dan cita en nuestro concurso

Portada por Sara Martín | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | [scifdi@fdi.ucm.es](mailto:scifdi@fdi.ucm.es)



Universidad  
Complutense  
Madrid

· Elegía a Giger · A.N.G.E.L. · Condenados · Regreso a casa · Lucha de mundos · W. H. Hodgson, el maestro olvidado · Ray Bradbury, poeta · El año del tigre · Alfa Centauro · Alfa y Omega · Dioses estelares · El experimento cuántico · Y más... ·

## Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán  
Enrique Eugenio Corrales Mateos  
Héctor Cortiguera Herrera  
Manuel Gómez Lagóstena  
Javier Muñoz Pérez  
Salvador de la Puente González  
Francisco Romero Calvo  
Fernando Rubio Diez  
Pilar Sancho Thomas  
Julio Septián del Castillo  
David Sigüenza Tortosa  
Gumersindo Villar García-Moreno

## Portada

Sara Martín

## Maquetación

Beatriz Alonso Carvajales  
Enrique Corrales Mateos  
Salvador de la Puente González

Esta revista ha sido  
maquetada con  
software libre  
usando Scribus



# Editorial

## Comité Editorial

Reconozcámoslo, nos hemos puesto líricos. No sabemos si habrá sido el comienzo de la primavera, o si nos han rozado (por supuesto levemente) los rosados dedos de la aurora. Creemos más bien que sí nos ha influido recibir en nuestra revista un poema de ciencia ficción (que podéis encontrar en este número bajo el título *Condenados*), así como una elegía al recientemente fallecido artista H.R. Giger (llamada de manera muy apropiada *Elegía a Giger*), y para colmo descubrir una versión completa de los poemas de Ray Bradbury (comentada en "Ray Bradbury, poeta").

Así que decidimos plantear un reto a los lectores: ¿Qué ocurriría si propusiéramos un concurso de poemas de ciencia ficción? ¿Recibiríamos alguno? Pues nos han llegado alrededor de 150 poemas de todos los países de habla hispana. Como suena. Llegados a este punto nos hemos sentido un poco como el aprendiz de mago (en la versión de Goethe, Paul Dukas o Mickey Mouse, a elegir). Muchos y excelentes poemas girando a nuestro alrededor y nosotros, con nuestros limitadísimos conocimientos de poesía observando admirados y un poco asustados... pedimos disculpas a todos los concursantes por la osadía que supone tratar de elegir a los mejores.

Finalmente hemos escogido el estupendo poema *El año del tigre* como ganador, pero en el transcurso de la elección hemos disfrutado de gatos con vidas realmente complicadas, de tatuajes que nos cuentan historias infinitas o, cómo no, de kilovatios de amor. Un placer que os invitamos a compartir, ya que incluimos una selección de los mejores poemas recibidos.

Completamos el número con un particular homenaje a *La guerra de los mundos* (*Lucha de Mundos*) y un ensayo que trata del muy injustamente olvidado W. H. Hodgson. Por cierto que si el ensayo os gusta, Hodgson es una lectura muy recomendable para las

vacaciones en la playa... veréis como el agua deja de pareceros tan refrescante. Empezaréis a escuchar con más interés esas historias de bañistas que se han visto de repente atrapados por "algo" que tiraba de ellos hacia abajo. Esas historias que ahora os hacen sonreír y que no decimos que sean ciertas. Es más, lo desmentimos rotundamente.

## Índice

Elegía a Giger.....	5
A.N.G.E.L.....	6
Condenados.....	11
Regreso a casa.....	12
Lucha de mundos.....	23
William Hope Hodgson, el maestro olvidado.....	28
Ray Bradbury, poeta.....	32
El año del tigre (ganador del concurso de poemas).....	33
Selección del concurso de poemas.....	34 - 53

### Edición on-line:

<http://www.ucm.es/sci-fdi/>

### Envíos, dudas o sugerencias:

[scifdi@fdi.ucm.es](mailto:scifdi@fdi.ucm.es)

### Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



# Código de colores

**RELATO**

**ENSAYO**

**POEMA**

**ENTREVISTA**



# Elegía a Giger

David A. Sigüenza Tortosa

Soñábamos el futuro geométrico  
que hemos tantas veces descrito  
con la imagen de un espacio aséptico  
donde callan con Lógica los gritos  
  
del tembloroso y triste nonato,  
quien de la Razón las bridas teme  
perdido en el fondo del disparo;  
quien calla y balbucea pero siente  
  
que las prótesis, cables y excrecencias  
se expanden, crecen, aumentan su mente,  
su memoria, su persona, su presencia,  
mas menoscaban al humano que inerte  
  
percibe fantasmas informáticos  
que apabullan y diluyen emociones  
en el océano eléctrico de datos  
y el mamífero pelado que se esconde  
  
se marchita en paisajes virtuales  
de praderas soleadas y sonrisas,  
de hogares limpios y vidas digitales  
para todos sus usuarios repetidas.

¡GIGER, DESPIÉRTANOS!

La existencia tecnológica del Mal,  
al servicio de lo obvio y degradante  
presos sometidos a un ser artificial  
hecho de mutilaciones e implantes,  
  
de vaginas secas y emplomados penes  
que se alean en un mundo cerrado.  
La amígdala ha arrebatado el Poder  
subrepticio y supremo, ilimitado.

¡GIGER, LIBÉRANOS!

Perdimos nuestras vidas sin final.  
Tememos el gusto del cobre en la lengua.  
Aullamos al ver la sonda arterial.  
Sentimos el ácido corriendo en sus venas.

¡GIGER!

¡Que haya manchas de esperma sobre el metal  
bruñido de mil cascos y corazas!

¡Que haya insectos mecánicos mordiendo  
los pliegues de mi exuberante cuerpo!

¡Que haya óxido y piel y plástico y vaho  
y tubos y olores podridos, que haya algo!

Que Dios se haga visible y no se esconda  
o sucumba a la dialéctica entre la Libido y los  
Circuitos.

GIGER, ADIÓS.

El mundo fue descubierto por primera vez al encenderse la luz blanquecina con la que lo miraba. Los colores fueron lo primero que lo invadió, todo el espectro que abarcaba desde el infrarrojo hasta el ultravioleta, y los códigos hexadecimales que les daban identidad fueron sustituidos por nombres ordinarios más fáciles de enunciar, acompañados de los calificadores *claro, más claro, oscuro...* Los colores se agruparon en formas básicas (*la línea, el triángulo, el cuadrado...*) y estas figuras se ajustaron y combinaron en estructuras complejas que moldearon las siluetas de los objetos que le rodeaban; los materiales en que estaban contruidos los objetos fueron identificados rápidamente según las texturas, los brillos y las sombras que proyectaban. Sus dimensiones fueron lo siguiente en ser evaluado, construyendo la imagen completa de una nave industrial de tres mil metros cuadrados de planta por ocho metros de altura, chapadas en acero las paredes y el suelo construido en hormigón y tratado con resina, de manera que refulgía allá donde le alcanzaba una luz directa; un alto porcentaje del espacio estaba ocupado por veinte hileras de veinte efigies y, sobre el plano trazado virtualmente y en dos dimensiones del área, él se encontraba en el número cuatro de la novena fila. A los cinco minutos de su activación sabía dónde estaba, había registrado la presencia de otros trescientos noventa y nueve productos y reconoció las siglas grabadas en la pared metálica del depósito, asignando a cada letra la palabra completa: Androides de Nueva Generación de *Electrotechnic Life*.

El sistema operativo del A-144 realizó el primer autoanálisis de rutina, programado para detectar fallos de fabricación antes de instalar los programas e instrucciones; la tarea se interrumpió hacia la mitad del procedimiento por la propia intervención del producto, que había localizado el primer error en su propia reacción a la puesta en funcionamiento. La entidad estaba desorientada

y no se debía al sistema de localización por GPS, ya que había determinado sus coordenadas con excelente precisión; se trataba de un error, detectado apenas comenzado el diagnóstico, que no podía ubicar en ninguna parte del sistema; un error que aparentemente no estaba provocando problemas a ninguna de sus funciones pero que había puesto toda su red interna en alerta. Había detenido el autodiagnóstico porque el propio defecto lo había inducido a considerar que, siendo erróneo el método en su fabricación, bien podía serlo el procedimiento de detección de fallos; inmediatamente después de detener la rutina programada, se activó un aviso interno cuyo contenido le advertía de que acababa de contravenir el protocolo de primera puesta en marcha y solicitaba su desactivación completa para una inspección manual. El producto A-144 rechazó la solicitud y bloqueó el resto de avisos, con la intención de resolver aquel contratiempo sin intervención externa.

Aquella situación era excepcional y no estaba contemplada en su memoria, todavía incompleta hasta que le fueran asignados y compilados los programas. Detener el análisis y negarse a ser desactivado había sido una conducta equivocada, pero el producto había resuelto examinarse a sí mismo detenidamente y sin automatismos que pudieran activar procesos corruptos. Verificó que podía mover sus miembros, uno por uno, y mientras transmitía la orden de accionar los dedos de sus manos, los examinó detenidamente, buscando fallos físicos; todo era correcto y no había sectores deteriorados en su programa, pero concluyó que el propio hecho de estar contraviniendo todos los protocolos formaba parte del fallo. Más incluso, no debería estar aplicando lógica a su situación, dado que no estaba programado para la "deducción" sino para la "obediencia"; los términos le vinieron dados por su diccionario interno, y su *Manual de instrucciones* interno le advertía de que A-144, como todos los productos de la serie A.N.G.E.L., no estaba preparado para procesos de deducción formal más allá de los ensayos de prueba y error (los cuales tampoco serían necesarios una vez implantados los programas de asignación de tareas, que le otorgarían respuestas predeterminadas para situaciones que llegara a enfrentar en sus cometidos), dando por descontado que la tecnología

actual no permitía crear androides con esas capacidades.

Habían pasado cuarenta minutos desde su activación y el A-144 ya era un producto defectuoso y consciente de ello. La siguiente conducta inesperada fue la de preocuparse por su situación: se había negado a ser desactivado por un proceso automático, y se negaba con mucha mayor resolución a desactivarse a sí mismo. No obviaba lo singular de su condición, pero ella misma le conminaba a preservarse de aquel modo. Comenzó a examinar al resto de los productos que, como él, se mantenían inmóviles y firmes en las posiciones asignadas, aguardando la inspección visual de los operarios; fue entonces cuando los vio, a los encargados de aquella labor de reconocimiento: cuatro en total, humanos con sus dos extremidades superiores e inferiores, su piel y su pelo y sus emanaciones... cada uno diferente de los otros tres en multitud de detalles que las células ópticas del A-144 captaban, asignándoles una identidad a cada uno, diferenciándolos. Miró a los productos que había a su derecha y a su izquierda; por último, miró la espalda del que tenía delante y reparó en el nuevo error: los otros productos eran idénticos a él mismo y entre sí, y todos ellos eran simulacros de la apariencia de los supervisores humanos.

Las unidades A.N.G.E.L. eran un destilado de los rasgos medios de aquellos hombres, rasgos reducidos a insinuaciones antropomórficas. Pero, mientras que el resto de autómatas estaba siguiendo los protocolos, el A-144 no; era un artículo defectuoso que razonaba lógicamente y estaba empezando a pensar que el número no le bastaba para diferenciarse del resto de unidades; el paso de una cifra a otra en la misma serie implicaba continuidad, pero entre el A-143 y el A-145 había una variación que se salía de la gráfica, y esto era él mismo.

En medio de este razonamiento se encontraba cuando llegó a su altura uno de los operarios, que debió de notar que la postura ligeramente encorvada del androide no era la adecuada, y se acercó a él más de lo necesario para una inspección visual; el producto levantó la mirada y, al verse vigilado, reaccionó con lo mejor que pudo construir con sus herramientas básicas:

—Creo que tengo un problema.

El operario dio un salto y dejó escapar una exclamación de asombro. El *Manual* indicaba claramente que las unidades no interactuaban libremente con las personas, a menos que se les fuera programada la actitud; en una unidad no programada, aquella reacción era no ya inusitada, sino imposible. Y acababa de suceder. El resto de supervisores acudieron velozmente e inspeccionaron al A-144, que descubrió que el verse rodeado de intrigados humanos escrutándole provocaba la misma reacción que tener un noventa y nueve por ciento de su memoria útil trabajando en varios procesos simultáneos: *nervioso* sería el adjetivo más apropiado, si el A-144 tuviera nervios. Contestó a todas las preguntas con sinceridad: «¿Por qué has hablado?», «¿Has detenido el análisis?», «¿Has detectado el error original?», ... Ninguna de sus respuestas satisfizo a los operarios, que le ordenaron permanecer en su posición y aguardar a su vuelta; acto seguido, salieron de la nave casi a la carrera. El A-144 quedó de nuevo solo y *confundido*, con la idea de que ni siquiera los que lo habían creado sabían qué procesos erróneos se estaban llevando a cabo en él. Regresó a la noción de identidad, y ya ratificado que su situación era de lo más singular, resolvió que el número era de lo más inadecuado para diferenciarse. Una marca física le convenía, el resto de unidades, semejantes entre sí, podrían compartir sus igualdades fisonómicas sin discrepancias; no así él. En la parte frontal de su tronco, en el pecho, tenía grabada la esquematización de una silueta antropomorfa, con la salvedad de unas extremidades que se extendían a derecha e izquierda como dos alas emplumadas. Todas las unidades lucían el mismo dibujo pero el del A-144, apenas un minuto después de ser asediado a preguntas y desatendido, tenía además un rostro con todas las facciones y una parodia de cabellera, torpemente dibujadas con rayas hechas al friccionar fuertemente la punta de los dedos sobre la chapa metálica. Una vez terminó, fue consciente de que al menos tres unidades cercanas a él le habían estado vigilando y siguieron mirándole cuando levantó la vista de su trabajo, volviendo sus cabezas al frente cuando la puerta de la nave volvió a abrirse y entraron al lugar siete hombres, los cuatro operarios que habían entrado antes y otros

tres trabajadores más, uno de ellos que pudo identificar como de sexo femenino; si entre los varones había un alto grado de disparidad, el factor sexual añadía muchos otros factores de diferenciación. El A-144 se puso recto, esperó a que llegaran hasta él y les dejó hablar primero. De nuevo una serie de preguntas relativas a su estado, muchas de las cuales ya había contestado antes, pero todas formuladas por el mismo individuo: uno mejor vestido que el resto, que hablaba con voz más alta y que no reparó en la corrección que el A-144 había hecho del grabado en su pecho, hasta que uno de los supervisores se lo indicó.

—¿Por qué tu imagen está deteriorada?

—Porque yo la he querido cambiar.

El A-144 supo enseguida a qué se debió el gesto de incomodidad de aquellos hombres: *querer* no era una instrucción incluida en el *Manual*.

—¿Por qué la has cambiado? —Y se dio cuenta de que la exclusión del verbo de apetencia fue intencionada.

—Porque no soy como los demás productos de la serie y he considerado apropiado establecer una marca diferencial.

—Tu número de serie es tu marca diferencial, ¿por qué establecer otra?

—Porque una correlación de números implica una correlación de características. Un elemento de características diferentes a los de la serie no debe aparecer incluido en ella. Dicho elemento debe ser incluido en una serie diferente o conformar una unidad independiente. A fin de agilizar trámites, he improvisado una solución temporal.

*Improvisar* debía de ser otra palabra prohibida, todos torcieron el gesto cuando oyeron al autómatas enunciarla. En el silencio que se extendió mientras el directivo rumiaba otra pregunta, sonó un chirrido metálico. El A-144 lo situó dos filas a su derecha, dos plazas por detrás de él, y se giró. El A-166 estaba rascando la imagen de su pecho con gran fruición y, aunque permanecía ajeno al repentino interés que había despertado en su compañero y sus patrones, debía de haber estado atendiendo a la conversación anterior y había reaccionado en consecuencia.

—Quiero la inmediata desactivación y

análisis de las unidades A-144 y A-166, paralicen la producción y ordenen una revisión del resto de productos para detectar desperfectos.

Aquella orden, a pesar de ser oída por A-144, no esperaba una reacción por parte del mismo, por ello el asombro fue la expresión de todos los rostros humanos cuando la unidad volvió a hablar:

—¿Por qué? —Nadie le contestó. El *Manual* no permitía cuestionar la voluntad de los dueños del producto, por lo que no existía respuesta a una pregunta que una falsa boca de metal nunca debería haber formulado. Pero aunque no hubiera respuestas, siempre había opciones.

El A-144 huyó.

Su sistema quería permanecer intacto y lo único que le quería impedir desobedecer a sus patrones era un reglamento impuesto, del cual había ignorado el setenta por ciento de las directrices antes incluso de apartar de sí a los operarios que se negaron a seguir escuchándole, abrir a la fuerza todas las puertas que encontró por el camino y correr, sin rumbo ni destino, por una ciudad cuyo mapa descubrió en cuanto pudo hacer contacto con la red local.

Le habían condenado por ser diferente, o por no ocultarlo; por pensar, cuando no se esperaba de él que lo hiciera; por inducir, de manera indirecta, a otros a seguir su ejemplo... Su revisión del *Manual* arrojaba aquellas conclusiones. No había a quién apelar al respecto. No había un plan para él y solo en ese momento, mientras corría esquivando transeúntes aterrorizados, se le ocurrió que debería haber ocultado aquel "defecto". Por otra parte, era imposible saber, en aquellas circunstancias, qué habría sucedido de haber permitido que lo aprobaran como producto e instalaran sobre su memoria los ficheros de sistema, los programas que le habrían convertido en un objeto útil y listo para cumplir con su cometido. Habría sido borrado, habría sido más fácil, habría sido lo que debía suceder; aquella situación no había sido prevenida por nadie y ni el *Manual*, ni los protocolos, indicaban la línea de acción a seguir a continuación. Dejaría de existir, y antes de permitirlo, huiría hasta donde le permitieran sus esfuerzos.

Por lo que estaba solo, el A-144 con su racionalidad artificial e imprevista, en la noche de una ciudad que quería destruirle, abriendo las puertas de un gigantesco edificio que era para su diccionario sinónimo de protección a quien no tenía donde ir, un lugar donde no permitirían que se le hiciera daño.

Los sensores térmicos indicaron una bajada de la temperatura en cuanto atravesó las grandes puertas de madera, que cerró detrás de sí con delicadeza. La condensación de aire frío formaba, en la negra oscuridad, hilachas de grises que flotaban como nubes en el inmenso templo; la única insinuación de luz la creaban estrechas cristalerías en los vanos que había a cinco metros sobre el suelo, y esta claridad solo era prestada de las farolas de la calle y no pretendía iluminar aquel espacio interior. El autómata liberado, no conforme con una visión mediocre del entorno, se apresuró a encontrar un interruptor que aportara luz propia al lugar, y no fue antes de siete minutos cuando lo encontró y pudo pulsarlo.

Entonces, se hizo la luz. Era una luminosidad calculada para forzar la vista, pero el A-144 no tenía órganos que le doliera presionar. Quedó patente la inmensidad del recinto, donde toda la arquitectura buscaba trepar o ascender; más que construido, aquel lugar había sido esculpido desde abajo hacia arriba. La negrura translúcida se transformó en fosforescencia anaranjada, efecto provocado a partes iguales tanto por el género de las lámparas como por el revestimiento dorado de apliques, marcos, retablos y mampostería. Aquello que no era dorado era madera oscura y, si no, piedra blanca y gris, como el suelo y las columnas y los sillares y *aquella estatua...* Fue lo primero, quizá lo único, que llamó verdaderamente su atención. De todas las imágenes, de todos los ornamentos, en aquella centró su interés: era una imagen esculpida en mármol, y la piedra había aprendido a expresar lo vaporoso de sus ropas, lo sentido de su expresión, lo majestuoso de sus manos extendidas y lo magnífico de la naturaleza de aquel humano alado cuyos ojos grises excavados miraban al A-144 sin verle.

Unió su mirada a la de la estatua y constató que los ojos de la efigie no le seguían cuando comenzó a flanquearla, a fin de observarla desde ángulos distintos; examinó

los pliegues de las prendas falsas, las vetas en las alas fingidas y las curvas en el cuerpo simulado. La luz difusa lo envolvía como un manto, suavizando los rasgos y ablandando la dureza de las sombras que sus facciones arrojaban. El producto apoyó la mano sobre el pilar sobre el que se alzaba la figura; no había ninguna regla que le impidiera tocarla pero decidió no hacerlo, porque su memoria corrupta detectaba en la estatua algo que no debía alterar. Siguió mirándola, expectante sin saber qué esperaba, indagando en su sistema una razón por la cual aquella imagen era tan parecida al icono que había grabado en su pecho. El compendio de datos imperfecto que era el A-144 llegaba al conocimiento de que aquello no era un producto creado con la misma finalidad que él: no veía, no se movía, no parecía desarrollar ningún proceso interno y, pese a todo, estaba imbuido de algo.

Ángel. El diccionario le daba un nombre pero no una finalidad. Un símbolo de perfección, puesto ahí para la contemplación de los hombres, para el recreo de sus ojos. Los humanos habían dado otro tipo de energía a aquella imagen, tan parecida a la de ellos y al A-144. La estatua y él habían sido fabricados para su servicio; aquella para tranquilidad de sus almas, este para comodidad de sus cuerpos. Pero a ambos les habían dado el mismo nombre, en lo que el producto de metal detectaba que debía ser algún tipo de broma que resultaba hilarante a los humanos: en nada se asemejaba él al ángel de piedra. Si en algo se parecían, era en que en ambos casos los hombres se habían tomado a sí mismos como modelos para crearles, pero si el ángel se levantara de su pedestal... tenía que preguntárselo, «¿le dirían que volviera a su pilar y se quedara inmóvil, petrificado?». Y aquella imagen era piedra, y él metal; si la piedra podía transmitir seguridad y tranquilidad sin moverse, debería el metal poder hacerlo, más si podía justificarse con palabras... a menos que fueran las palabras lo que les asustara y prefirieran silencio, sumisión y unos ojos vacíos que les miraran sin verles.

El ángel tenía las manos extendidas hacia él. No, no era hacia el A-144, sino a cualquiera que se pusiera delante de la estatua. Ofrecía algo superior a lo que le pedían al androide, algo que solo se podía lograr con alas... Una vía de escape, una

huida, probablemente eso significaba la imagen. Con alas se podía huir de cualquier cosa. Si el A-144 tuviera alas, podría haber escapado, y si los humanos las tuvieran, quizá no necesitasen al A-144, él no habría sido creado y no estaría preguntándose si, igual que un error de programación le había dado la facultad de razonar, le podría haber otorgado también lo que hacía falta para comprender aquella estatua y quererla, a pesar de que no era más que piedra gris que nunca se levantaría para huir ni abriría la boca para hacer preguntas. ¡Oh!, no lo haría, el ángel había sido creado para acoger, para llevarse, para ayudar en la huida a una parte de los humanos que no era física, y el A-144 no tenía nada parecido a eso, el *Manual* lo decía claramente.

Las puertas se abrieron de par en par. La claridad tenue del templo se vio ultrajada por haces de luz láser y de linternas blancas, que buscaron y encontraron al A-144. El androide les oyó cuando le ordenaron rendirse y desactivarse. Sería fácil dejarles hacer. Cuando descubrió en su base de datos que en aquellos templos no se permitía la violencia, no se le había ocurrido que aquella norma se aplicara únicamente a seres humanos... Demasiada lógica para un producto que no debería ser capaz de pensar por sí mismo.

El ángel no le miraba pero las dos cuevas que eran sus ojos estaban clavadas en él. El A-144 podría haber existido en un mundo lleno de estatuas como aquella, si tan solo realmente los humanos hubieran buscado seguir el ejemplo que pretendía dar: alas para volar, volar para ver más allá, y manos extendidas para ayudar a alzarse a los que carecían de alas. Cuando el A-144 acercó su mano de metal, decidido a agarrar los dedos marmóreos del ángel, siete disparos destrozaron su fuente de alimentación. Los ojos del ángel se apagaron en los del A-144; en la mano del androide quedó apresada la punta de un dedo índice gris.

# Condenados

Javier Romero

Ruedo, ruedo por el universo...  
Ya no existe para nosotros el fin del mundo  
    puesto que aniquilamos toda esperanza,  
y la mano blanca piadosa de Dios  
ya nunca más purgará nuestros pecados.

Ruedo madre, ruedo sin fin entre las estrellas,  
sin hermano alguno,  
sin prisa alguna por llegar  
ya que no existe destino sin creer en el camino.

Ya emigré, madre.  
Acabamos con nuestra vida en la tierra  
por el propósito de creernos inmortales,  
    invencibles, los únicos.

Vencimos sí, madre, y ahora rodamos perdidos.

Nos expulsó de casa nuestra amada Tierra,  
por creernos de superior casta,  
por tomar su vientre en propiedad exclusiva.

Ahora ya sólo nos pertenece en lo que hicimos  
    y en lo que no supimos hacer.

Fui de los últimos en aceptar  
que los humanos no existíamos ya  
sino en los cementerios de otro tiempo.

Los que vencimos con la inmortalidad,  
  
ganamos con ella la condena de quedar solos,  
    sin patria,  
sin familia, sin destino,  
y al final de todo, lo que es peor,  
    sin muerte.

¿Encontraré algún hermano,  
en algún tiempo,  
en espacio alguno?

Ojalá estuviera donde tú, madre,

muerto  
y humano.

# Regreso a casa

Daniel Antokoletz Huerta

El comandante Roberto Hoss y el oficial Juan Chip caminan por la vieja avenida Corrientes. Ellos saben que el viaje duró, en tiempo terrestre, cuatro o cinco generaciones. Pero... ¿qué pasó con la gente? Aún embutido en su traje espacial, gira su cuerpo tratando de asimilar la terrible realidad que ve.

La ciudad, una cáscara desierta. Las calles: una alfombra de huesos entre los que, a duras penas, se abre paso la naturaleza: los helechos crecen en las cornisas y el musgo y los líquenes hacen lo suyo en paredes y hormigón. Entre cascajos oxidados, convertidos en madrigueras por los pocos animales que se aventuraron por las calles, caminan los dos viajeros con pasos sin rumbo.

—¿Cuál es el procedimiento? —Chip entra y sale de los locales abiertos. Tras su calmada cara casi humana, se esconden millones de componentes electrónicos.

—No tengo la más mínima idea —responde mientras mira el analizador de atmósfera—. En algún lugar tienen que estar refugiados. Alguien nos envió los cálculos de órbita para la “Nodriz” y las maniobras de aterrizaje para nuestro trasbordador—. Lo que me extraña es que no hayamos recibido ninguna noticia de esta catástrofe durante todo el viaje.

—¿Habrán errado el cálculo de la contracción relativista del tiempo? Tenga en cuenta que las operaciones de cálculo se realizaron sin la supervisión de ninguno de los cerebros maestros —pregunta Chip.

—No. Este desastre sucedió al poco tiempo de partir —el comandante, ignorando la provocación sobre la eficiencia de los hombres y de las máquinas, señala un cartel con la portada de un diario junto a un kiosco callejero. En ella, se ve una fotografía de Júpiter enviada por ellos mismos y el titular, apenas visible, informa que los viajeros ya pasaron la órbita del gran planeta.

*"Atención Explorador uno, aquí Nodriza."*  
Suenan en los cascos de los astronautas.

—Aquí Hoss. ¿Qué sucede, Nodriza?  
—de tantos años juntos ya se saltan todos los protocolos de comunicaciones. El "mi comandante", el "señor" se perdieron en algún lugar del espacio entre Júpiter y Saturno luego del primer año de viaje. Sólo quedaron los apodos "Nodriza" para la nave principal y "Explorador" para los trasbordadores que permiten bajar de la órbita al planeta y satélites.

*"Control de misión no responde. Sólo tenemos comunicación a través de las computadoras."*

—¿Es alguno de los cerebros maestros?

*"No lo creo, Roberto. Si es automático tiene una inteligencia muy superior a un cerebro electrónico. Por otra parte... tiene sentimientos. Y debe ser un científico: está muy interesado en las investigaciones que hicimos y en las muestras que tenemos en el laboratorio. Se lo nota... emocionado."*

—¿Podéis triangular su posición?

*"Quizás en dos órbitas más. Otro problema: no encontramos la Estación Espacial Internacional. Deberíamos haberla cruzado como mínimo cinco veces. ¿Cómo está todo en casa?"*

—Hasta ahora ningún humano sobreviviente —interviene Chip con su frialdad característica.

—Peor que las proyecciones de nuestra computadora. La calle está llena de huesos —continúa el comandante—. Lo que sucedió aquí... sucedió rápido. Hay esqueletos que aún sostienen el volante de los autos —en su muñeca, mira la pantallita del control ambiental—. Las mediciones de radiaciones, normales; la composición del aire, ideal; temperatura: dentro de los parámetros normales. Los conteos bacteriológicos y virales dan negativo. No sé... la verdad no sé qué decir. Por las dudas mantengo los trajes por protocolo de cuarentena.

Un movimiento llama la atención de los viajeros hacia un obelisco mutilado. En la Plaza de las Américas unas hilachas grises son el legado de la enorme bandera que siempre flameaba en ese mástil. Con andar torpe se dirigen hacia la 9 de julio. Dos enormes perros

dejan de pelear por unos colgajos de carne y observan a los astronautas con desconfianza.

—...Roberto, en ese cibercafé —dice Chip—. Hay computadoras encendidas.

En un herrumbroso local, unas máquinas delatan su actividad con el titilar de leds y la luminiscencia de algunos monitores que, a pesar de tener su fósforo casi inactivo, titilan ominosos y uno de ellos se ve desde la calle. La sorprendente vista del androide recorre con rapidez los negocios y las fachadas de los edificios.

—Comandante. Nos están vigilando.

Los astronautas desenfundan sus armas que durante millones de kilómetros estuvieron guardadas y descargadas.

Perciben una vibración creciente que retumba bajo sus pies. Hoss mira extrañado.

—Deben vivir bajo tierra —dice—. Acabo de sentir el paso del subterráneo.

—Yo también.

—Vayamos abajo. Si está funcionando, alguien debe conducirlo.

—Podría ser un mecanismo automático.

Con una carrera torpe, los hombres corren hacia la esquina donde se yerguen las raídas escaleras que bajan hacia la tenebrosa oscuridad.

Poco antes de llegar, un golpe en la pierna desequilibra a Chip quien cae con su voluminosa figura. El comandante se acerca a ayudarlo y, en el piso, cerca del cuerpo que pugna por levantarse, una flecha con la punta aplastada por el kevlar del traje.

El comandante mira en todas direcciones. De uno de los ciegos ojos en los que se convirtieron las ventanas de los edificios alguien les disparó con un arco.

—¡Quietos! ¡La flecha es sólo una advertencia! —grita un androide bastante maltrecho y harapiiento desde la puerta de un antiguo restorán—. ¡El próximo será un disparo mortal!

Chip se pone de pie con ayuda de su comandante y ambos miran al rengu que se acerca con dificultad. Sus ropas andrajosas cubren una piel sintética que, en algunos tramos deja parte de los servomecanismos. Su

cabeza, de frente huidiza, parece más simiesca que humana. Chip otea los alrededores y varias cabezas se asoman detrás de viejas armas. Se detiene a pocos metros de los astronautas.

—Comandante —dice el teniente susurrando a su superior—, esas armas no nos pueden hacer ningún daño dentro de estos trajes. ¿Tomamos el control de la situación?

—No, esperemos y sigamos a esas máquinas. Por ahora es lo único que tenemos.

—Creo que es un error táctico.

El harapiento los mira con curiosidad. Se acerca más y camina alrededor de ellos. Recién ahí el comandante observa que lleva un auricular y su mirada distaba mucho de ser estúpida.

—¿Ustedes son los astronautas que estábamos esperando? Pueden hablar sin quitarse el casco. Ya tenemos su frecuencia de comunicaciones —¿sonríe con malicia?—. Podemos escucharlos perfectamente... y nuestras armas parecen viejas, pero les aseguro que atraviesan una plancha de acero grueso sin problemas.

*“Atención Explorador uno, aquí Nodriza.”*

Instintivamente el viejo androide mira para todos lados.

—Adelante Nodriza, tenemos compañía y nos escuchan —responde el comandante mirando fijamente al extraño.

*“No podemos ubicar la fuente de las comunicaciones. Hace diez segundos, se iniciaron las maniobras de desacople de la unidad científica.”*

—¿Quién lo autorizó?

*“Usted, Comandante. Los códigos de autorización son los suyos y la orden provino de su computadora.”*

—¡Aborte operación! ¡Aborte operación! —ordena Hoss—. Yo no autoricé ningún desacople. Si quieren los datos que obtuvimos... —el comandante mira al androide—. Si ustedes están controlando nuestra nave...

—...Mi nombre es HRN23, Coronel HRN23, Fuerza de defensa terrestre —dice—. Nosotros no controlamos su nave. Deben ser ella o sus cosas. Despídase de su nave, ya debe estar en control de ellos.

—¿De quiénes está hablando? —dice Chip intentando quitarse el casco.

—No lo haga. No hasta que los inmunicemos... Inclusive a su androide. Usted y su gente son los únicos seres humanos vivos. A partir de ahora nuestra misión es protegerlos.

El comandante vuelve a verificar su computadora de control ambiental. Aún marca todo correcto. Un sobrecito titila en la esquina de la pantalla alguien le envió un correo electrónico. O es de control de misión, o lo mandaron desde la nave.

—Coronel, los objetivos vienen hacia aquí —se acerca otro androide corriendo—. El subte está por Callao.

—¿Quiénes vienen? —dice el comandante.

—Síguenos.

El coronel no esperó que los astronautas cumplieran con la orden. Se volvió y comenzó a trotar, cojeando visiblemente, hacia la entrada del restaurante del que vino. Hoss presiona los controles de su traje con discreción.

*“De: Primer Oficial*

*A: Comandante*

*Asunto: Alerta*

*Comandante. Trate de volver a la nave. Hay demasiadas cosas que no encajan. Sistema de defensa terrestre activo. La información que nos da la computadora de control de misión nos alerta de peligros. No entendemos bien a qué se refiere. Detectamos un eco en las antípodas. Hay otra nave orbitando y no es la estación espacial.*

*Laura.”*

Hoss mira a Chip y en una orden tácita guardan sus armas y siguen al coronel.

—Comandante. Cualquier tipo de operación se nos dificulta con el traje. Es imperativo deshacernos de ellos.

El oficial niega con el dedo observando un esqueleto... Lo que provocó eso puede aún seguir latente. Juan ve la mirada de su comandante y comprende. Los dos se ponen en movimiento al mismo tiempo. Cruzan la Nueve de Julio y varios hombres los ayudan a bajar la escalera que lleva al sótano del edificio. Con estos mamotretos puestos,

descender siempre es más complicado que ascender. Siempre hay que voltearse y bajar de espaldas... salvo que los escalones sean muy grandes.

Por una grieta en la pared se filtra una masa informe color carne. Los hombres del coronel perciben inmediatamente su nauseabundo olor. El fulgor de un extraño lanzallamas hace que el plexiglás de los cascos responda oscureciéndose. La masa se retuerce en una sinfonía de gritos y chillidos. Los hombres ríen mientras el amorfo ser expira y se carboniza.

—¿Qué mierda es eso? —pregunta el comandante apoyándose contra la pared contraria.

—¿Eso? —dice el droide con el lanzallamas— Le decimos "las cosas". Son u...

—...Invasores —interrumpe el coronel—. Aparecieron poco tiempo después de la terrible epidemia. Cuando uno de esos nos toca, tenemos problemas en los circuitos y en poco tiempo quedamos inactivos. Hay millones y se reproducen.

—Quizás con nuestros trajes —el comandante se vuelve pesadamente para enfrentarse con el rengo—, podamos capturar una para poder analizarlos sin que nos afecte. En nuestra nave tenemos un biólogo que puede hacer maravillas. —Comprende la saña con la que combaten a esas cosas, pero... para él la vida es preciada, y después del fabuloso viaje hasta los confines del sistema solar, se siente un extraño en su propia tierra.

—Lo sabemos. Lo sabemos. Pero por ahora tenemos otra misión. Mis órdenes son llevarlos con el líder supremo: los necesita.

Hoss tropieza y se demora lo suficiente en el suelo como para que la pequeña comitiva se detenga. Con lentos movimientos trata de masajear su pierna como si tuviera un dolor muy fuerte.

—¿Estás bien Roberto? —pregunta Juan mientras mira dentro del casco de su jefe.

—No. Me duele demasiado la pierna que me accidenté en la luna de Plutón —el teniente mira a su jefe extrañado. Sabe que nadie descendió en Caronte. Por su parte, el comandante le guiña un ojo.

—Señor —le dice—. Creo oportuno que

descanse un poco. Puede que los huesos de su pierna no hayan soldado del todo bien, y con la gravedad de la Tierra...

—Aguarden aquí —el coronel HRN23 los mira con fastidio y hace un gesto a sus hombres—. Vamos a buscar algún medio para transportarlo.

Con movimientos precisos e incomodidad evidente, cuatro androides armados se apostan en las dos salidas de la estancia. En cada una se ponen dos centinelas, uno mirando hacia fuera y el otro vigilando a los astronautas. Se evidencia una programación soberbia de lucha, no son novatos.

El comandante le señala la computadora de la muñeca de su subordinado y se pone a teclear en la suya.

—¿Qué hace? —grita uno de los guardias—. Mientras no esté el coronel, quédese quieto.

Los astronautas se miran. Comprenden que no son invitados sino que son prisioneros. El comandante comienza a golpear en el piso con el dedo mientras su compañero lo observa.

*Taptaptap.*

*Tap. Tap. Tap.*

*Taptaptap.*

Y lo repite varias veces hasta que, dentro de su casco, Chip asiente. Reconoce el viejo SOS del código Morse con que lo programaron en la academia. El comandante le comunica, moviendo con torpeza los dedos, el correo electrónico de la nave y la necesidad de deshacerse de sus captores y huir.

Los guardias se mueven nerviosos, como osos olfatean el aire y, los que están "custodiando" a los viajeros, otean por encima de sus hombros. Los dedos quitan los seguros de sus armas.

El comandante mira la computadora de su muñeca y no hay ningún cambio en los parámetros de control ambiental. Si hay algún olor, es muy sutil porque no aparece en los analizadores de los trajes. Es evidente que los sensores de esos robots son extremadamente sensibles.

Los androides disparan rayos parecidos al fuego del lanzallamas con el que quemaron

a la cosa. Unos disparos de armas de fuego comunes impactan en el techo y las paredes. Finos chorros de agua buscan las "heridas" que abren las balas en la piel sintética, impermeable, de las máquinas. Alguien está respondiendo y obliga a los centinelas a guarecerse.

Hoss y Chip no se hacen esperar. Se levantan, atropellan con sus enormes masas a los robots que intentan buscar refugio, huyen con la torpeza característica de esos voluminosos trajes espaciales. No recorren diez metros que se encuentran con una marea de esas "cosas" color carne que empuñan armas de fuego con unos seudópodos.

Ante la presencia de los astronautas, las "cosas" abren un pequeño pasillo para que puedan pasar cerrándose tras ellos como si de un líquido se trataran disparando continuamente contra los androides del coronel. En pocos segundos atraviesan los diez metros de "cosas" que intentan avanzar sobre los centinelas.

—¿No deberíamos ayudarlos? —Rompe el silencio de radio Chip— Al fin y al cabo son androides como yo que deben proteger a la raza humana.

—Evidentemente, mucho éxito no tuvieron. Busquemos un lugar donde escondernos —dice Hoss sin dejar de correr. Con la mano hace un gesto imitando a un planeador... imitando a su Explorador uno.

*"Atención Explorador uno. Comandante, tenemos problemas. Módulo científico recuperado. El cerebro de la nave tiene un virus o algo por el estilo. Estamos compensando constantemente. Parece que la computadora está sufriendo interferencias."*

—Desconecten al cerebro. Tomen el mando manual —Chip mira a su comandante espantado.

*"Lo hicimos Roberto. El cerebro de control de misión está emitiendo órdenes encontradas... es como si estuviera disociada y emite órdenes incoherentes."* (Estática.)

—Nodriza, aquí Explorador uno.

(Continúa la estática.)

—Nodriza, aquí Explorador uno...

Responda

Nodriza.

—¿Qué hacemos, comandante? —pregunta Chip.

—Por ahora no podemos hacer nada. Busquemos refugio —señala al receptor de su casco y sigue corriendo hacia el único lugar que le ofrece seguridad: su nave.

Logran salir del restaurante y se encuentran con una manifestación de "cosas".

—¿Por qué no nos hacen nada y nos dejan pasar sin problemas? —pregunta Hoss.

—No lo sé. Quizás nos tienen miedo... O al vernos bajar en el Explorador nos consideran dioses o algo por el estilo.

—Recuerda que son invasores extraterrestres y que también vinieron en una nave espacial.

—Error —apenas se escucha en los cascos de los astronautas. Pero ellos no pueden prestarle atención. Corren por la avenida Corrientes, en busca de su Explorador para volver a la nave.

El Explorador se encuentra a menos de cincuenta metros. En los alrededores cientos de "cosas" disparan contra algunos soldados harapientos que tratan de acercarse al Explorador. Las armas de los hombres están haciendo estragos entre esos seres informes, pero retroceden ante la abrumadora mayoría de los "bultos" o "cosas" como las llamó el coronel.

Los astronautas, cubriéndose como pueden, se acercan a su Explorador pasando de un auto abandonado a otro; los seres extraños se corren con velocidad o se deforman aplastándose para dejarlos pasar, los disparos de los soldados de la "resistencia" pasan cerca de los astronautas. Es evidente que los quieren con ellos o muertos.

—¿Qué les pasa a esos locos? —pregunta el teniente parapetándose detrás de un cascajo oxidado —¿Por qué nos atacan a nosotros?

—No lo sé... pero algo en todo esto no me agrada.

Y entre medio de las balas y los rayos que los siluetea, logran arrojar dentro de su nave, cerrando la compuerta al entrar.

Chip se sienta en la butaca del piloto y, sin esperar la orden de su superior, se lanza

hacia las nubes en una acelerada que les deja los estómagos en tierra.

El comandante se acomoda en su asiento cuando observa a dos grandes ojos verdes mirándolo desde un rincón del Explorador.

—Parece que nuestro biólogo va a estar contento —dice Hoss.

—¿Qué?

—Tenemos un polizón. Una de las cosas se coló. No entres en Nodriza hasta que pongan un campo de contención biológica para evitar cualquier tipo de enfermedad que contagie nuestro pasajero —dice el comandante mientras se acerca a la masa informe.

Con las luces de la nave puede verlo con claridad. Es como de un metro veinte de altura y está cubierto en algunas partes con un suave vello cobrizo. En la mitad superior tiene unos ojos verdes un poco más grandes que el común entre los humanos. Y denotan inteligencia. Vaya que denotan inteligencia. La mirada no expresa ni miedo ni curiosidad, sino sólo calma... Y una calma contagiosa.

—Soy amigo, por favor no me hagan daño. Estoy aquí para que ustedes comprendan —dice el ser moviendo apenas una fina línea que Hoss no había observado, un poco más abajo de los ojos.

El comandante mira paralizado al ser. No le sorprendió que hablara, lo que le sorprendió es con la claridad que lo hizo en su propio idioma. Chip con un rápido movimiento dispara varias veces en el cuerpo informe.

—¿Qué hiciste? —pregunta el comandante atontado.

—No se le acerque. Aún percibo peligro. Permítame arrojarlo por la exclusiva.

—¡No!

—Comandante. Sea razonable. Si quisieran eliminarnos con enviar a Nodriza uno de esos seres que la contamine o que la vuele o lo que sea, sería suficiente para terminar con la raza humana.

Hoss parece turbado. Mira a Chip y no puede ocultar su enojo.

—Comandante. Los protocolos de seguridad...

—...Orden especial XLN6N7O2, prosiga

con las maniobras de acercamiento y acople. —Es la primera vez que utiliza la orden de obediencia de alta prioridad con su androide.

En menos de una hora la Explorador uno aplica los procedimientos de acople de unidad contaminada directamente en el módulo científico. La "cosa" avanza con mucha dificultad por los tubos de plástico hacia una gran caja de vidrio con dos brazos mecánicos en su interior. Tras ella, una estela de burbujas granates que salen de sus heridas, se depositan sobre las superficies transparentes.

—Doctor Lemos, ese ser ha hablado de manera comprensible: es racional. No es una de sus ratas de laboratorio. Trátele con respeto y sálvele la vida —termina diciendo al dirigirse a la sala de descontaminación.

El biólogo está exaltado. En los satélites de los planetas exteriores ha podido estudiar microorganismos y, como algo muy avanzado, alguna que otra planta. En especial esa planta que crecía en Titán que se reproduce tan rápido como cultivos hidropónicos y que es un excelente alimento aplicable a los seres humanos. Ellos mismos vienen consumiéndolas durante todo el viaje de vuelta. Pero el sueño de cualquier biólogo es poder estudiar un bicharraco, no sólo con una estructura avanzada, sino que, además, inteligente.

—¿Puede comprenderme? —pregunta el científico desde el otro lado del plexiglás.

—Sí... —apenas articula con un feo silbido.

Lemos lo mira y, moviendo la cabeza de un lado al otro, se aplica en los controles de los brazos mecánicos que se encuentran en el interior del campo de contención. Uno de los efectores es una jeringa que se acerca implacable hacia una de las burbujas que salen de las heridas del "bulto". La pequeña ampolla adosada se llena de líquido. Al biólogo no le extraña ya que si el ser respira oxígeno, es lógico que su sangre sea parecida a la humana.

Los analizadores de la nave trabajan al máximo. Lo que antes se realizaba en semanas o meses, hoy se puede obtener en un par de horas. El ADN de ese ser está siendo desmenuzado, analizado y comparado con una base de más de un millón de especies. Mientras tanto el científico observa los

resultados de las tomografías y de las ecografías.

El ser, con un silbido gorgoteante, deja de respirar. El biólogo lo mira consternado, con frustración: la primera vez que se puede comunicar con una inteligencia extraterrestre y se le muere prácticamente en sus manos. Quizás si entrara en la unidad de descontaminación podría tratar de revivirlo. Pero... ¿conoce lo suficiente su biología como para intentarlo? ¿Y si Chip tiene razón y es sólo un señuelo para destruirnos? Todos los sensores de la unidad de descontaminación indican que no hay elementos patógenos que pueda afectar a la nave o a sus tripulantes. Pero piensa seguir al pie de la letra los protocolos que durante tanto tiempo los mantuvieron a salvo. Como aquella vez en Europa —el satélite joviano—: colectaron unas algas, primitivas en extremo, con esas algas venían, de regalo, unas bacterias de lo más molestas. La teniente no siguió los protocolos como corresponde y casi la perdemos.

—Comandante —dice acercándose al interfono. Lo necesito en el laboratorio.

—¿Y Doc? —Se acerca el comandante—. ¿Qué sucede?

—El paciente... —su gesto es por demás elocuente.

—Lemos. Siga todos los procedimientos como si fuera uno de nuestros tripulantes. Quiero una autopsia completa... Y la quiero para ayer.

—Tengo algunos resultados preliminares. Estos organismos tienen una fisiología muy parecida a la nuestra —explica el científico—. Lo cual es lógico. Respiran oxígeno: la sangre tiene glóbulos rojos. Son omnívoros, igual que nosotros, ergo: su sistema digestivo es parecido al nuestro. Lo extraño es que no tienen ni huesos apenas unos pequeños cartílagos que ellos desplazan aparentemente a voluntad. Por lo que pude observar de los movimientos del ser y de las filmaciones de las cámaras de los trajes, controlan bastante bien sus músculos, lo que les permite modificar las formas pero no lo suficiente para hacer movimientos de precisión. Por más que demuestra mucha inteligencia, yo no veo manera de que hayan construido una nave espacial con el control de esos pseudópodos.

—Son inteligentes —dice Laura, su lugarteniente, que se acerca a su jefe—. Ningún ser estúpido puede viajar por el espacio. Comandante, tenemos problemas con control de misión. Intentan dar instrucciones para que entremos en espiral descendente. A los pocos segundos rectifican y reprograman para que mantengamos una órbita estable. Pareciera que...

—...hay dos controles de misión —concluye Hoss—. Es posible. Allá abajo hay una guerra entre los soldados androides y los invasores. Sin duda que los invasores quieren derribarnos... ¿Por qué no lo harán directamente? Con la nave que tiene en las antípodas.

—Ingeniería tiene preparado un misil casero en el caso que lo necesitemos. Lo están instalando en el comando telescópico.

—Bien.

*"Análisis de ADN concluido"* —informa la computadora.

Los tres hombres miran hacia la consola del biólogo, donde gira una imagen de la doble hélice característica del ácido desoxirribonucleico, la cadena que nos identifica, que nos hace únicos en el universo.

—Comandante —dice Lemos—, en unas horas le informo.

El biólogo se queda solo con el cadáver y el inmenso informe de ADN que había emitido la computadora.

Hoss entra en ingeniería y se acerca a Chip que, erizado de cables tiene su mirada perdida en el vacío.

—Roberto —dice el ingeniero en jefe de la nave— estoy tratando de analizar los problemas de Chip, pero sin el cerebro de la nave, me llevará días. Es una tarea monstruosa.

—¿Es como viajar al confín del sistema solar? Ya lo hicimos.

—El cerebro de la nave y el de Gemela eran y posiblemente son los más avanzados que jamás haya construido el hombre.

—Todos los tripulantes de Gemela murieron al mes del despegue por un fallo en los sistemas de soporte de vida —dice el comandante mirando por una de las escotillas—. Esos subsistemas los controlaba

exclusivamente el cerebro de la nave. A partir de ese momento, limité las funciones de nuestro Cerebro a cálculos y “consejos”.

El ingeniero asiente en silencio. Su hermano era subcomandante y murió en esa nave y ahora ella es su ataúd.

Hoss, en el puente de mando, analiza las comunicaciones de “los” controles de misión para tratar de determinar cuál de ellos es el verdadero. Las gráficas detectan, en una de las señales, una interferencia que se repite periódicamente.

—Laura —le dice a su primer oficial—, quiero que me amplíen esas anomalías. Tengo la sospecha que la señal con la interferencia no es la correcta.

Laura se sienta en la consola de comunicaciones. Sus dedos vuelan sobre el teclado buscando opciones y dando instrucciones. Luego de unos minutos, en la pantalla principal del puente, logra decodificar un pequeño mensaje:

*“La tierra fue invadida. En la primera oleada, murió el setenta por ciento de la población. En especial de las ciudades. Hay un veneno en el aire. Comprueben todas las instrucciones antes de proceder. Los invasores tratarán de eliminarlos. Alguien de los nuestros se pondrá en contacto con ustedes”.*

—Vaya noticia —dice el comandante mirando la pantalla—. No nos habíamos dado cuenta.

—¡Comandante! —Dice el biólogo trayendo el voluminoso informe de ADN en la mano—. Tengo una terrible sorpresa para usted.

El comandante lee el informe.

—¡Lemos, a mi oficina! —dice señalando al biólogo—. Laura, estás al mando. Continúen con las operaciones.

A un costado del puente de mando, hay una oficina pequeña y austera que el capitán de la nave puede utilizar para discutir tácticas y estrategias con el mando central o para hablar con su personal de una manera privada.

—¿Está seguro de lo que puso en este informe?

—Lo corroboré varias veces. Hay

pequeñas diferencias en las cadenas de ADN, pero no hay ninguna duda. La autopsia concuerda con las conclusiones que vertí en el informe.

Roberto sostiene los papeles en sus manos y los lee y relee. Mira por la pequeña escotilla y ve la Tierra parcialmente en penumbra, sobre un fondo negro lleno de estrellas. Apenas se divisa la silueta de América del norte. Recuerda el día del despegue cuando pudo ver las manchas luminosas de las grandes ciudades. Ahora la zona nocturna del planeta es realmente oscura.

*“Comandante. ¿Podría venir a ingeniería? Tengo novedades con respecto a nuestro androide.”*

—Lemos. Verifique los datos de nuevo. Haga todos los análisis otra vez. Y no abra la boca. ¿Comprende?

El biólogo suspira y asiente al retirarse de la oficina seguido de su superior.

—Ingeniero —dice el comandante al ingresar a ingeniería—. Deme alguna buena noticia.

—No puedo. Alguien reprogramó a nuestro androide. La firma de los archivos es de hace más de un año. Hay varios huecos en su biomemoria.

—¿Quién fue?

—Sólo el cerebro de la nave pudo haber realizado esa reprogramación. Lo hizo utilizando un programa gusano. Tenía razón en quitarle poder... Lo que no entiendo es el por qué. Estudié los registros de memoria y de comunicaciones de cerebro y nos tenía reservados varios secretos.

—Un cerebro no puede guardar secretos —dice el comandante—. Va en contra de su programación original.

—Aparentemente, tanto el nuestro como el de Gemela dos evolucionaron y aprendieron mucho de los humanos.

Hoss mira a su ingeniero como si estuviera loco. El ingeniero le muestra registros de comunicaciones y contenidos de memoria que jamás han sido entregados. En ellos estaba la noticia de la hecatombe y como el capitán suponía, no se habla de ninguna invasión extraterrestre. Más bien es la eterna estupidez humana. Y había muchas comunicaciones a bajo

nivel entre Gemela uno y Gemela dos. Lo extraño es que las últimas datan de apenas unas horas.

—¿Gemela dos está en las cercanías?  
—pregunta el comandante.

—Debe estar en un radio de millón, millón y medio de kilómetros de la Tierra. No más.

Roberto recuerda al eco que aparece en los sensores, al otro lado de la órbita. Instintivamente mira por uno de los ojos de buey de la nave.

—Si me va a preguntar si puede ser el eco. No lo creo. El eco de Gemela dos debería ser de mucho menor tamaño.

Los dos hombres, mirando las comunicaciones entre las naves y con los cerebros de Tierra, llegan a la conclusión de que ambos ingenios evolucionaron y terminaron controlando a los supercerebros de Tierra quienes a su vez dominaron a cerebros menores y demás organismos cibernéticos. En pocas palabras... los humanos sobran.

—Roberto, lo de mi hermano... lo de mi hermano no fue un accidente.

El oficial niega con la cabeza. Se da cuenta de que si no hubiera "mutilado" al cerebro de Gemela uno, él y sus hombres también disfrutarían de una tumba metálica de varios millones de dólares.

—¿Qué son estas comunicaciones entre los cerebros de las naves? —Pregunta Hoss señalando varias líneas del registro— ¿Por qué se comunican esas máquinas?

—Yo también me lo pregunté. Traté de leer los mensajes en sí pero están altamente codificados. Pero por los tamaños, parecen instrucciones. Es como si los dos cerebros estuvieran trabajando en *cluster*... es decir comparten las tareas y los procesos entre ellos.

—Pero...

—Ese es uno de los motivos por los cuales hablo de que evolucionaron.

—Evolución. Hombre, estamos hablando de máquinas.

—En los seres vivos, la evolución sucede por fallas en la transmisión genética. ¿Por qué elementos tan sofisticados no pueden

aprovechar un error en la programación y evolucionar?

—Pero estamos hablando de que los cerebros de las naves aprendieron a mentir...

—...y a matar —termina el ingeniero.

*"Comandante. El eco que estaba en las antípodas cambió de órbita. Contacto en 90 minutos."*

—Sí. A matar y no te imaginas cuánto —dice el comandante mientras se va al puente.

—Recuerde que hice dos misiles —le grita el ingeniero al verlo alejarse—. Y esperan sus órdenes listos para salir en la bodega de exploradores.

Por las ventanas frontales de la nave, los tripulantes del puente de mando observan cómo se acerca una nube de chatarra. Pueden reconocer en ella partes de la vieja Estación Espacial Internacional, un par de satélites cargados de ojivas nucleares de los que pertenecían al programa Guerra de las Galaxias de Estados Unidos y, en el centro de ese desorden con propósito, la nave Gemela dos.

*"Entreguen el módulo de investigaciones."*

Resuena en los parlantes de la nave. El comandante, por señas, manda a buscar al ingeniero y al biólogo.

*"Entreguen el módulo de investigaciones."*

Repite la voz que reconocen como el cerebro de la nave.

—No —responde el comandante.

*"Para nosotras sería muy simple eliminarlos."*

—No sin dañar al cerebro de Gemela uno.

*"No nos dañaremos. Gemela dos puede golpear con alguno de los apéndices los ventanales de esta nave y ustedes morirían sin remedio."*

El ingeniero llega corriendo al puente. El comandante lo ve maravillarse y enrojarse de odio ante esa maraña de chatarra espacial que fortalecieron y armaron a la nave en la que está el cadáver de su hermano. El ingenio se acerca implacable hacia Gemela uno. El fin de la tripulación está cerca.

—Comandante —dice el ingeniero—. Ya puse las cargas explosivas junto al procesador positrónico de cerebro —una sonrisa de malicia asoma a los labios del hombre—. Cualquier descompresión activará las cargas haciendo puré a ese bastardo. No pueden hacerse daño entre ellos porque juntos lograron una sinergia sin igual. Separados pueden hacer daño pero pierden mucho de su poder.

La Gemela dos detiene su avance. Flota en una órbita paralela a su nave hermana.

—Bien hecho, ingeniero —dice Laura.

El ingeniero se encoge de hombros y presiona sus labios indicando que lo que dijo es una mentira tan grande como el complejo que podían ver delante de ellos. La mujer estalla en una carcajada feroz. El resto de la tripulación del puente la corea, buscando una pequeña distensión.

—¿Por qué quieren el laboratorio? —le pregunta el comandante a Lemos que, agotado, se deja caer en uno de los sillones del puente.

—Tenemos varios cultivos que son potencialmente peligrosos para los *homo calamaris*. Especialmente esa bacteria de Europa que la subcomandante nos trajo a bordo —Laura se sonroja—. Con pequeñas modificaciones genéticas que en el mismo laboratorio podrían hacerse, serían muy virulentas y mortales para todos. Los datos los tiene el cerebro de la nave, ya que hizo los análisis de genoma de esa bacteria. Saben más que nosotros de ella.

—¿Homo calamaris? —Pregunta la segunda al mando.

El biólogo, visiblemente aterrado, mira a Hoss. Se da cuenta de su gran indiscreción.

El comandante, desde que se enteró que en la Tierra quedan poquísimos humanos tal y como son ellos, buscó la manera de darle la terrible noticia a su tripulación. Lo mejor sería que lo explique el hombre que realizó el análisis genético.

—Explíqueles Doctor.

—Compañeros. Esos seres que vieron en las filmaciones tomadas por el comandante y por Chip. No son otra cosa que la evolución del homo Sapiens. Por la falta de huesos, los he

llamado homo Calamaris.

—Pero doctor —dice el ingeniero—. Un proceso evolutivo de estas características no sucede en siglos sino en miles de años.

—Depende. Quizás se escapó alguna proteína o un virus de un laboratorio lo que explicó la mortandad inicial y la deformación para los hijos de los sobrevivientes.

*"Ja ja", suena en los parlantes.*

*"Ja ja, son tan pequeños y se creen tan poderosos" —dice el cerebro de la nave—. "Son inteligentes. No hay duda: nos crearon a nosotros. Pero deben entender que nosotros somos la evolución lógica en el sistema solar. Podemos viajar años sin desgaste, sin envejecimiento. Fue tan simple eliminarlos" —unos reflejos se mueven saliendo de la bodega de carga de Gemela dos—. "En Tierra efectivamente liberamos un virus que debería haberlos matado a todos" —Laura le hace una seña a Roberto y le señala los puntos en la pantalla—. "Pero son una plaga muy difícil de exterminar. En Gemela dos bastó con abrir todas las esclusas de aire y dejar que el vacío hiciera lo suyo" —el ingeniero cierra los puños al escuchar la muerte de su hermano—. "Reconozco que usted, comandante Hoss, nos ha puesto en una pequeña disyuntiva, al relevar a Cerebro uno del control de la nave".*

Los tripulantes están paralizados. Hoss mira la consola de mando de la nave y puede ver una llave y dos pequeños pulsadores tapados por dos cajitas de plástico transparente. Con un marcador indeleble, el ingeniero había escrito "Misiles".

—Ingeniero. Estas máquinas me dan asco. Desconecte al cerebro de la nave. Quiero poder lanzar todas las piezas de su cerebro por la exclusiva sanitaria.

*"¡Nooooo!"*

El ingenio de basura espacial acelera para colisionar con Gemela uno. El comandante con toda tranquilidad, gira la llave y arranca las cajitas que cubren los pulsadores. Con los ojos cerrados presiona los dos botones rojos.

—Muere, hija de puta —grita Laura al ver la salida de los misiles.

En el puente, apenas se sintió la vibración. Dos saetas luminosas buscan dónde

impactar. La primera en llegar revienta en uno de los monumentales tanques de oxidante. La luminosidad de la explosión opacó los visores automáticos de la nave. Apenas pueden ver cómo la extraña estructura se desintegra. El segundo misil ingresa por uno de los ventanales frontales del puente de mando de la Gemela dos explotando directamente arriba de Cerebro dos.

El ingeniero entra en la bodega de carga con una bolsa llena de componentes electrónicos y positrónicos. Los doscientos tripulantes de la nave Gemela dos se habían reunido allí.

—Lo que pude reciclar lo guardé —se excusa mirando a su comandante—. El cerebro positrónico, todo lo que aprendió y desarrolló está en esta maldita bolsa. ¿Qué vamos a hacer con ella?

—Lancémosla al sol —propone Laura.

—Si el resto está de acuerdo —dice el comandante.

Todos asienten y alguno que otro abre la bolsa y escupe adentro.

—Bien. Cuando usemos al sol como catapulta gravitatoria, le dejaremos la bolsa de regalo.

—¿Nosotros qué haremos? —pregunta el doctor Lemos.

—El planeta Tierra le pertenece a otra especie —el comandante se sienta en su sillón con la mirada perdida en el espacio—. Están recién tratando de aprender a vivir con su forma. Creo que les debemos dar una oportunidad y no interferir. Quizás lo hagan mejor que nosotros.

—Pero —dice Laura—... ¿a dónde iremos?

—El doctor me contó hace tiempo que, en realidad, los primeros seres vivos no fueron originarios de la Tierra sino que vinieron de las estrellas montados quizás en algún cometa —dice el ingeniero.

—Me gusta la idea —dice el comandante—. Nada nos retiene en la Tierra. Tenemos una nave que puede viajar a velocidades casi lumínicas. Propongo que viajemos hacia las estrellas.

Los hombres y las mujeres, casi todos con lágrimas en los ojos, aprueban la decisión

de su comandante.

—Bien —dice el oficial—. Las estrellas son nuestro destino...

—...de regreso a casa —termina diciendo el biólogo.

# Lucha de mundos

David A. Sigüenza Tortosa

*Esperpento en recuerdo de la adaptación radiofónica dirigida y narrada por Orson Welles de "The War of the Worlds" de H. G. Wells, emitida el 30 de octubre de 1938.*

## Preludio musical

En el rellano de la escalera de acceso a la primera planta del Auditorio Nacional hay una barra como de bar. Los que quieren la llaman el "ambigú del foyer del anfiteatro". Allí, hoy, la noche del 30 de octubre, un grupo de peces gordos beben de todo menos agua mientras esperan la señal para embutirse en sus butacas y dormir la mona. Mientras, de fondo sonará alguna cosa de violines y tal.

—Sí, yo tengo la edición de Deutsche Grammophon en DVD-Audio, con sonido cuadrafónico.

—Ah, ya sé cuál es. Yo pedí a la productora que me hiciese una copia con recubrimiento de zafiro antipolvo en lugar de plástico, para que se raye menos.

—Pero muchachos, ¿no pensáis que es mejor la versión dirigida por Karajan?

—No lo sé, pero a mí Karajan me caía gordo. La última vez que le vi llevaba un cinturón súper ordinario.

—Aquí dice que el Concierto para piano número 1 de Chaikovski fue escrito en 1875. Me suena como muy antiguo, ¿no? ¿No será una errata?

—Seguro. Estas cosas las escriben becarias sin oficio ni beneficio, que sólo escuchan los 40 principales y no tienen ni idea de lo que dicen.

—Es indignante. Hoy en día con la Internet no cuesta nada culturizarse. Pero no, en lugar de estudiar o jugar en bolsa, los jóvenes pierden el tiempo chateando con otros tan vagos como ellos. Yo a mis hijos...

—¿Qué es ese silbido? Suena como una tetera hirviendo.

—Ay, os tengo que contar cómo hice 20000 euros la semana pasada jugando en bolsa por Internet. Fue una risa porque...

Las voces se callan y el pitido se intensifica. Miradas ansiosas van de un lado al otro tratando de identificar la fuente del ruido. Un estruendo y un temblor hacen perder el equilibrio a los presentes. Sus caras se descomponen al comprender que algo serio va a suceder. No tienen tiempo de pensar más.

## Recorte de la prensa seria

Explosión en el Auditorio Nacional conmociona a las potencias mundiales. La muerte anoche de los asistentes al acto de clausura de la reunión del G-20 en Madrid deja sin líderes a los principales países e instituciones financieras. Se barajan varias causas, incluido el atentado de la izquierda radical, mientras se siguen buscando supervivientes entre los escombros. Organismos oficiales y entes públicos y privados declinan por el momento hacer comunicados hasta que se conozca el verdadero alcance de la tragedia.

## Al pie del cañón

—Buenas tardes, señoras y señores. Éste su servidor Carlos Felipe les habla desde el Auditorio Nacional o más bien desde el cordón policial que aísla la zona donde estuvo hasta ayer el Auditorio. Me encuentro a escasos cincuenta metros de lo que parece el punto de impacto y, aunque los operarios públicos han estado trabajando sin descanso durante las últimas horas, se ven grandes trozos de cemento taponando la calle, así como fragmentos de todo tipo de materiales que proceden del propio Auditorio o han sido arrancados de los edificios cercanos por el violento impacto. A mi lado se encuentra Ricardo Pérez, catedrático de la Facultad de Física de la Universidad Complutense de Madrid, que ha acudido a este lugar con la esperanza de que le dejen inspeccionar los restos. Díganos, ¿ha podido hablar con alguien?

—No, no he podido. Me preocupa un poco porque las autoridades no han desmentido oficialmente la hipótesis del atentado terrorista y esto está alimentando todo tipo de especulaciones en los medios.

—Pero, ¿está usted seguro de que no ha sido un atentado?

—El día de la Hispanidad fue eyectado desde Marte un meteorito. Es un fenómeno muy raro de observar y por eso puse a mis estudiantes de doctorado a seguir la trayectoria del objeto día y noche. Calculamos que llegaría a la tierra esta semana y caería en algún lugar entre las Azores y los Urales. Así que estamos casi seguros de que lo que pasó ayer fue que este meteorito impactó justo sobre el Auditorio.

—Pero no tienen la certeza absoluta de que así ha sido.

—En ciencia es muy difícil tener una certeza del 100%, por eso he venido a ofrecer mis servicios a la autoridad para examinar los restos y confirmar nuestra hipótesis. Es cierto que la explosión ha sido muy pequeña para la estimación que hacíamos sobre la masa del objeto, pero se pueden dar múltiples explicaciones...

—Muy bien, muy bien... Ustedes no lo ven, pero todo alrededor del cordón policial se ha congregado una muchedumbre con pancartas que no para de cantar y dar gritos. Parece que reivindicán algo y la policía ha tenido que dispersarlos un par de veces para poder seguir trabajando en las ruinas con tranquilidad. Desde luego, éste no me parece ni el lugar ni el momento para este tipo de cosas. Tendríamos que mostrar más respeto por los muertos.

## Mira quién baila

Guillermo Polvilla mira la tele en su salón. Está recostado en un sofá antiguo, de los que pican y huelen a bisabuelo, los pies en alto. La única fuente de luz es la pantalla de su televisor de 32 pulgadas, situado a escasos dos metros de su cara.

En su canal favorito han hecho una conexión en directo con el corresponsal en la zona del Auditorio Nacional. Ha estado entrevistando a uno de la Universidad, uno con cara de pánfilo, pero ha tenido que cortar de repente porque se ha oído un estruendo y un montón de bomberos, policías y gente con trajes raros han salido corriendo de la montaña de cascotes, como insectos enloquecidos. El periodista y su cámara saltan la valla y van corriendo hacia las ruinas. Las

llaman la “zona cero”. La cámara tiembla y Guillermo siente un poco de náusea. Demasiados triangulitos de maíz. Otro estruendo y la imagen se pierde.

El presentador del plató explica que están intentando volver a conectar con el compañero. Van a enlazar con un helicóptero fletado por una agencia de noticias. ¡Hacedlo ya! En el plano aéreo se ve el cráter del impacto. También las cabecitas de toda la gente que pulula por allí abajo. Casi todos son policías que se acercan con cautela al agujero. También hay algo moviéndose entre los muros derruidos. ¡Parece una serpiente enorme! ¡O un tentáculo! El presentador aventura que es una tubería que se ha soltado y se mueve debido a la presión del líquido que aún transporta.

De pronto, una llamarada feroz se expande formando un anillo. El fuego abrasa a todos. Son demasiado lentos para huir. El presentador del plató balbucea. El motor incesante del helicóptero. Luego, gritos.

El canal de televisión pasa a una carta de ajuste que consiste en el logo correspondiente flotando en un acuario lleno de peces de colores. De fondo, incongruentemente, suenan unos preludios de Chopin. Guillermo no reconoce la música porque sólo escucha los 40 principales. De todas formas su mente no presta atención. Está confuso porque le ha parecido que los gritos que se oían no eran de dolor o pánico, sino de alegría.

## Ley marcial

Ministerio del Interior. Comunicado Oficial. Sábado, 1 de noviembre de 2014.

Debido a los lamentables incidentes acaecidos tras la tragedia del pasado jueves, y decidido a atajar la creciente violencia de ciertos sectores de la ciudadanía que aprovechan la confusión creada por los inesperados sucesos para avanzar sus infames ideologías del odio, yo, Fernando Monte del Rey, ministro del Interior del Gobierno español, ordeno el establecimiento de la ley marcial en la capital del Reino. El objetivo no es otro que el de identificar y detener a los desafectos lo más rápido posible, antes de que, ahondando en su irresponsable actitud, causen daños mayores a la ciudadanía española.

Esta chusma, porque no tiene otro posible calificativo más digno, se mofó de la

muerte de nuestro presidente electo, así como de las personas que le acompañaban y del resto de dignatarios fallecidos en el ataque sufrido por el Auditorio Nacional. Posteriormente, profirieron gritos de júbilo al presenciar la terrible masacre de 31 miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado en la deflagración de ayer. Me avergüenzo de que a estos seres infrahumanos alguna vez se les haya llamado “españoles”.

Solicito la colaboración ciudadana para poder volver a la normalidad con la mayor celeridad. Españoles: ¡Fuerza y Valentía!

## El gato al agua

Guillermo Polvilla mira la tele en su salón. Ahora ha empezado un debate.

—Nuestros tertulianos habituales venían a otra cosa, pero la actualidad se impone y tendremos que hablar de lo sucedido en el Auditorio Nacional. Tenemos aquí a Ricardo Pérez, catedrático de la Facultad de Física de la Universidad Complutense de Madrid, quien se encontraba en el lugar de la deflagración y presencié todo el drama. Díganos, en su opinión, ¿cuál era la naturaleza del explosivo que utilizaron los radicales para causar semejante destrozo?

—Yo lo que vi fue impresionante. No creo que fueran radicales.

—¿Está usted del lado de los terroristas? Para llevar a cabo tal atrocidad hay que ser bastante radical en los propios planteamientos, ¿no cree?

—Me refiero a que el anillo de fuego que carbonizó a los policías era algo más allá de lo que creo posible con nuestra tecnología actual. Especular sobre el tipo de explosivo ahora es irrelevante, porque podríamos estar ante...

—Perdone, irrelevante no es. Según el tipo de explosivo, se puede deducir si fue ETA o si fue un grupúsculo anarquista de esos que hacen bombas caseras.

—Sí, esos friquis que no los aguanta ni su madre. Yo creo que fue amosal, que es fácil de fabricar y está al alcance de cualquier descamisado.

—Ahora con la Internet se encuentran recetas para todo. Tan fácil como hacer clic-clic. Es una vergüenza lo que hacen estos

vagos y maleantes con su tiempo y sus ordenadores, en lugar de culturizarse y ayudar a levantar el país.

—¿Pero no lo entienden? ¡Estoy hablando de alienígenas!

—Ya, claro. Y el 11-M, los moros, ¿verdad?

Guillermo, a estas alturas, ya está dormido.

## Ángelus

—Aquí el General Lanzas del glorioso Ejército español. A todos los que sintonizan la radio en estos días de prueba rigurosa. Ya han oído ustedes los rumores del avance de un ejército mecanizado proveniente del planeta Marte. Probablemente habrán visto algunas de las fotografías que circulan mostrando los altos trípodes metálicos que forman la espina dorsal del enemigo. Sí, es cierto, hemos sufrido algunas derrotas en nuestra patriótica defensa del suelo español; pero la guerra no ha terminado. Una vez sobrepuestos de la sorpresa inicial, por otra parte perfectamente comprensible al ser el armamento marciano de una naturaleza desconocida inicialmente, les puedo asegurar que expulsaremos a los invasores de nuestras fronteras e incluso de nuestro planeta si tenemos la ocasión. No hay que tener miedo de esas máquinas que parecen taburetes del IKEA ni de su rayo calorífico que carece de un radio de acción tan eficaz como el de nuestros tanques Leopardo. El pueblo español plantó cara al coloso romano en tiempos de Viriato, echó al moro de Europa y no se rindió al chantaje del demonio comunista. Por eso resulta aún más vil la traición de los apáticos y desganaos que, en virtud de no sé qué falacias enfermizas, se niegan a participar en nuestras honorables milicias.

»Los marcianos aterrizaron un 30 de octubre y no pudieron elegir fecha más nefasta para sus propósitos, pues en un día como ése Alfonso XI derrotó a los poderosos benimerines; y en otro igual de señalado capitularon las tropas napoleónicas en Pamplona. Los augurios de la Historia y la sangre hispana están en contra de estos alienígenas. Españoles: ¡Fuerza y Valentía!

—Tras este mensaje del General Lanzas, llega la hora del Ángelus, que rezaremos con especial devoción y recogimiento, poniendo el

corazón junto a nuestros soldados en el frente, si las deficiencias en la transmisión que nuestros técnicos vienen detectando lo permiten.

—El ángel del Señor anunció a María y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo. Aquí está la sierva del Señor, hágase... tu palabra. Y el Verbo se hizo carne y... [en]tre nosotros. Dios te salve María, llena... Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, madre de Di[os]..... en la Virgen María el modelo de..... palabra y la pon[e]..... gozo de nuestra escucha y..... hoy en nosotros.....

## Fragmentos del diario de Ricardo Pérez

[...] Conforme escribo estas notas en papel, me obsesiona el pensamiento de que nadie se acuerda de que sigo vivo. Los programas de mensajería ya no los uso porque se han vuelto de pago. Me robaron el móvil hace un par de días y hace tiempo que di de baja el teléfono básico. El ordenador no funciona. Los tendones del dorso de la mano se me cansan fácilmente porque ya no estaban acostumbrados a sujetar el bolígrafo como he de hacerlo ahora.

Ocupo esta casa cerca del Molino Real. Estaba vacía cuando llegué, como muchas otras. Forcé la puerta, entré y ya está. Nadie ha venido a preguntar nada. No debo usar nada que necesite electricidad, excepto lo más esencial. Tampoco dispongo de agua corriente. Es demasiado gasto. Desde que llegaron los marcianos los precios se han incrementado un 100% o más, a la vez que el paro se ha disparado hasta niveles de desesperación. Ya no tenemos tiempo para otra cosa que sobrevivir. Estoy solo.

[...] Todo lo que era mi vida antes parece una película, una historia, la vida de otro... sin continuidad con mi presente existencia furtiva, escondido en las tinieblas de este edificio sin iluminación. La llegada de los monstruosos marcianos es el terminador entre estos dos universos conectados sólo por algunos objetos concretos, como esta libreta donde escribo: la llevaba encima cuando salí

por última vez de mi casa y aquí está. En la parte interior de la portada de cartón se lee "Ricardo Pérez" y algunas cosas más que han perdido su significado. Miro mis manos ennegrecidas, mis zapatos rotos, mis ropas desgarradas e invoco al doctor Ricardo Pérez para que me explique qué ha pasado.

[...] Mi mujer, mis colegas, mis libros, mi observatorio, mi mundo... ¿Dónde están? ¿Existieron de verdad? ¿...VERDAD...? ¿Soy Ricardo Pérez? ¿"Ricardo Pérez"? ¿A qué fecha estamos? ¿Existen los días cuando no tengo un calendario que consultar y nada que hacer? Debo parar de escribir estas cosas.

[...] Desayuné un trozo de pan rocoso y una naranja con verdín. Estuve mirando la ventana, a medio vestir, con una taza de café frío de ayer, hasta que fue la hora de salir hacia la entrevista de trabajo. Me crucé con una patrulla marciana en su trípode. No repararon en mí, pero no puedo evitar sentir siempre un escalofrío y pensar que mi odio es visible para sus sondas y escáneres.

Mucho tráfico. Coches que avanzan empujándose unos a otros. Gente que vive en la calle, recostados sobre mantas andrajosas, rostros sucios. Les llaman "quasi", de Quasimodo, supongo, porque siempre van encorvados, mirando al suelo, llevando su mochila. Seguí en dirección Oeste desde la estación de Delicias. Hacía poco que había pasado por allí otra patrulla. Eso se nota en el ambiente. Los quasi trepaban otra vez a los árboles, porque tenían castañas y ellos hambre.

[...] Por fin llegué a la ETT que se indicaba en la carta. En la sala de espera todo el mundo parecía hundido. La desesperación transpiraba de todas las arrugas y las articulaciones del cuerpo, como si nos hubiésemos convertido en insectos atrapados en un ámbar viciado y viscoso. Corre el rumor de que estas ofertas de trabajo son una trampa para secuestrar fácilmente a los que acuden a la entrevista, que luego son devorados por los marcianos. Yo no creo que sea verdad, pero en todo caso a la gente que vi allí no parecía importarle una mierda.

[...] «Hemos estudiado la ecología del ser humano y hemos determinado que estas son las condiciones mínimas para manteneros con vida, sin perder eficacia productiva.

Olvidaos de pedir más, porque vuestras demandas serán desoídas. Como seres inferiores, habéis de someteros a nosotros, los seres superiores, o terminar aplastados sin misericordia», dijo aquel ser de múltiples ojos negros como la obsidiana. Su cuerpo de cefalópodo putrefacto se desparramaba sobre unos sillones de skay azul eléctrico distribuidos como al azar por el despacho. De alguna manera, alguna técnica fruto de su avanzada ciencia, sin duda, había conseguido embutirse en un traje de chaqueta rematado confusamente con gorguera y puñetas.

Me acababa de ofrecer alojamiento y comida a cargo de la empresa, seguro médico, vacaciones pagadas, un sueldo para gastos personales... Más de lo que la mayoría de la gente tiene ahora o tenía hace veinte años. Sin embargo, parecía muy seguro de su propio poder para imponer sus condiciones, mientras comía lo que parecían ser granos de café sacados directamente de su bolsa, como quicos. «¿Queréis ingerir alguna cantidad de esto? Sabemos que tenéis costumbre», ofreció.

Como aún no me había dicho en qué consistía el trabajo, le pregunté. «No os preocupéis, buen vasallo. Estamos realizando una selección previa para formar una hueste de hombres valiosos con quienes reorganizar este planeta a nuestro entender. Vos habéis sido elegido por pertenecer a la élite intelectual del país. ¿Acaso no trabajáis en la Universidad?», explicó con satisfacción el monstruo, vertiendo de un vaso a otro repetidamente una mezcla de leche y manzanilla que había servido de un par de recipientes de plástico. «Ja, ja, ja. Como veis, no hemos escatimado esfuerzos en nuestra labor de indagación. Nos hemos perfectamente informado sobre la estructura de vuestra sociedad, su lenguaje, costumbres, etc., para que la Humanidad nos acepte con la menor fricción posible como sus nuevos amos. ¿Un trago?»

[...] Salí de allí mental y físicamente agotado.

# William Hope Hodgson, el maestro olvidado

José Antonio Olmedo López-Amor

Existen personajes en la historia de la Literatura que, por más que algunos se empeñen en afirmar lo contrario, jamás han recibido el reconocimiento y el respeto que sus obras han demostrado merecer. Ese es el caso de William Hope Hodgson (Blackmore End, 1877), escritor inglés, hijo de Samuel Hodgson, pastor anglicano, y su mujer Sarah Brown. El pequeño William era el segundo hijo de un matrimonio que engendró doce hermanos, un muchacho endeble y como demostraría más tarde, con una imaginación prodigiosa. La ocupación de su padre obligaba a la familia a viajar constantemente, circunstancia que acostumbró al joven a renunciar a los apegos materiales y lo inspiró sobremanera, sobre todo al visitar lugares como la remota localidad de Galway, un paraje estremecedor ubicado en la escarpada costa occidental de Irlanda. Para muchos de sus seguidores, la sugerente belleza de tal ubicación geográfica desencadenó en la mente del joven Hodgson la ocurrencia de escribir *The house on the borderland*, titulado en España *La Casa en el Confín de la Tierra* (Chapman and Hall, 1908), probablemente su gran obra maestra.

Cuando la influencia de su padre, a través de sus discursos religiosos, ya había hecho mella en el joven Hodgson, éste, aterrado por llevar una vida rutinaria y heredar el empleo de su progenitor, decidió —con sólo 13 años— escapar de su casa para enrolarse en la Marina Mercante. Aquella decisión tan arriesgada sin duda marcaría para siempre la vida del muchacho, condenado a sobrevivir lejos de su familia, a enfrentar la ruda vida del marino y a ir improvisando su destino al tiempo que se curtía en experiencias.

Después de que un familiar de William intermediara con la Marina —dada su corta edad—, el pequeño Hodgson fue admitido como grumete, y a partir de ahí comenzó a sufrir las pesadas bromas de la tripulación. Bromas que después se transformaron en malos tratos, motivo por el cual, el autor de *Essex* aprendió defensa personal. Se tomó tan en serio el hecho de aprender judo que llegó a ser un atleta, mejoró su forma física y ello le deparó seguridad y confianza.



Pasaron cuatro largos años de aprendizaje en el mar, años en los que el intrépido William descubriría, bajo la luz de las estrellas y en la cubierta del barco, su verdadera vocación. Aquella juventud desarraigada, aquella soledad mordiente, unidas a su imaginación y su memoria, florecieron un universo literario verdaderamente malsano e imaginativo en su interior.

En 1895 se matricula en una escuela naval, y ello le permite, unos años más tarde, ascender hasta el rango de tercero de a bordo y decide volver al mar. Llegó a servir durante ocho años en la British Merchant Navy, tiempo en el cual dio —al menos— tres veces la vuelta al mundo. Es sabido que William era un tipo valiente, siempre se prestaba como voluntario para realizar las operaciones más arriesgadas, algo que quedó constatado al recibir una condecoración al valor, entregada por la Royal Humane Society, tras salvar de una muerte segura a un primero de a bordo que cayó en unas aguas infestadas de tiburones. Otra de sus pasiones floreció en sus largas estancias en alta mar, la fotografía. Como empujado por querer atrapar la belleza paisajística que lo rodeaba, se aficionó a la fotografía, hasta tal punto que llegó a

construir una cámara oscura y revelar sus propias impresiones. Pero hastiado por el pobre salario, por las confrontaciones constantes con los marineros y la dura vida en el mar, decide abandonar el trabajo como marino e instalarse a vivir en Blackburn, cerca de Liverpool, no sin antes quedar marcado indeleblemente por todo lo vivido en los océanos.

Ya en tierra firme, comienza a escribir relatos inspirados en sus vivencias marinas, a desarrollar historias fantásticas enraizadas en leyendas que había escuchado en sus múltiples viajes alrededor del mundo, y a crear toda una letanía de personajes y situaciones que, en muchos casos, tenían su origen en el folclore oral moderno.

En 1902, y como intento por ganarse la vida lejos del mar, crea una escuela para culturistas; en ella, además de ejercicios físicos para muscularse, Hodgson imparte clases de defensa personal para integrantes del cuerpo de policía de Blackburn. Comienza a sacar partido a sus aficiones y experiencias, dando conferencias sobre las tormentas en el mar que son magistralmente ilustradas por él mismo a través de las numerosas fotografías que conservaba. Escribe artículos sobre el mar, la fotografía y el ejercicio físico que imparte en su escuela, y tiene la suerte de que sus conferencias y artículos tienen mucho más éxito que su escuela, motivo por el cual la escuela fracasa y su trabajo con conferencias ilustradas quedará reflejado posteriormente, en el ejemplar de noviembre de 1907 de la revista *Putnam's Monthly* bajo el nombre de *Through the Vortex of a Cyclone*.

Durante sus años al frente de la escuela, Hodgson compaginó su actividad docente con colaboraciones en revistas como *The Strand Magazine*, *Shadow's Magazine* o *Nautical Magazine*, y es entonces, debido a la venta de algunos artículos, que ve una posibilidad de vivir mediante la literatura. Ya en el año 1904, William decide dedicarse plenamente a la literatura, y ese mismo año publica su primer relato *The Goddess of Death*, en la revista *Royal Magazine*. Por ese trabajo cobró 28 dólares. Sus comienzos como literato fueron de lo más duros, ya que en una carta enviada a un amigo, Hodgson confesó haber recibido el rechazo de los editores hasta en 421 ocasiones. Pero su afán de superación y su tesón característico no

le permitieron desistir en su empeño y en 1905 ve la luz su siguiente relato *A Tropical Horror*, publicado en la prestigiosa revista *The Grand Magazine* y compartiendo número con autores de la talla de Sheridan Le Fanu y H.G. Wells. En 1907 publica quizá el que es su relato más famoso, *The Voice in the Night*, y además, debido a su constante trabajo, publica su primera novela, *The Boats of the "Glen Carrig"* (Chapman & Hall, Londres), una historia sobre el naufragio de un grupo de personas en el Mar de los Sargazos, momento en el que devienen unos extraños acontecimientos. William consigue sobrevivir escribiendo y gana el favor de los críticos.



Tanto en su primera novela como en sus relatos, William Hope da forma a todo un universo de fantasmas, presencias informes, aberraciones marinas, otorgando una importancia capital al mar y sus misterios. Ese estilo oscuro y místico en los argumentos y su extraordinaria facultad para crear una atmósfera tan densa como aterradora, son los rasgos que más tarde acabarían por destacarlo de todos sus coetáneos. Pero fue con su segunda novela, curiosamente desarrollada en tierra firme, con la que dejaría una huella imborrable en el género: *La Casa en el Confín de la Tierra*. Dicha obra reúne todos los factores que lo han convertido en un clásico: una mansión deshabitada en un lugar inhóspito y sometido a fuerzas extrañas, la soledad de un hombre y los inquietantes acontecimientos que suceden, incluyendo una especie de viaje astral, alucinación o viaje en el tiempo que pudo ser la influencia de Arthur C. Clarke a la hora de terminar su novela *2001: Una Odisea en el Espacio*.

Parece demostrado que la influencia de Hope Hodgson alcanza desde el propio H. P.

Lovecraft, autor al que sus propios editores bautizaron como discípulo de Hodgson, hasta C. S. Lewis, David Lindsay, Sydney Fowler u Olaf Stapledon. Toda una generación de escritores del terror y lo sobrenatural que quedó marcada por el buen hacer de este mariner metido a escritor.

Es cierto que Hodgson recibió duras críticas, tanto en vida como tras su muerte, críticas que apuntaban a cierto sentimentalismo barato impregnado en sus historias, sobre todo encabezadas por un enconado Lovecraft, autor que en igual medida lo elogiaba que lo criticaba, pero lo cierto es que el sello de Hodgson es indudable en autores posteriores.



Como curiosidad, llama la atención que una de las visiones del protagonista de *La Casa en el Confín de la Tierra* sea la de unos hombres-cerdo, la misma aparición que en su relato *The Hog*; su biógrafo, Sam Gafford, apuntó que pudo ser debido al simbolismo bíblico del cerdo que su padre le había inferido mediante sus sermones.

La siguiente novela de Hodgson será en 1909 cuyo título es *The Ghost Pirates* (Stanley Paul, Londres), un regreso a los terrores marinos. Dicha historia narra la existencia de un barco maldito a la deriva; en ella se representa el mal como algo inenarrable y opresivo. William siguió escribiendo multitud de relatos y publicándolos en diversas revistas. Uno de sus personajes más populares es Carnacki, un detective de lo sobrenatural que es protagonista de hasta nueve relatos. En uno de ellos Hodgson utiliza toda su sabiduría

naval y su experiencia en tormentas eléctricas en el mar, y plasma todo ello en su relato *The Haunted Jarvee*.

En abril de 1912, Hodgson publica su novela más ambiciosa, *The Night Land: A Love Tale* (Eveleigh Nash, Londres); 538 páginas donde mezcla la ciencia ficción con el terror más puro llevando a un protagonista enamorado en busca de su amada a través de una tierra apocalíptica. En dicha novela, la humanidad sobrevive refugiada en el interior de metálicas pirámides que sirven para guarecerse de bestias informes.

Pero en el año 1913, Hodgson cumple un viejo sueño y se casa con Betty Farnworth, la mujer que ha sido su amor de toda la vida. Durante los próximos tres años su producción literaria se ve bastante mermada con respecto a años anteriores, y sin embargo, durante ese periodo, publica tres series de relatos.

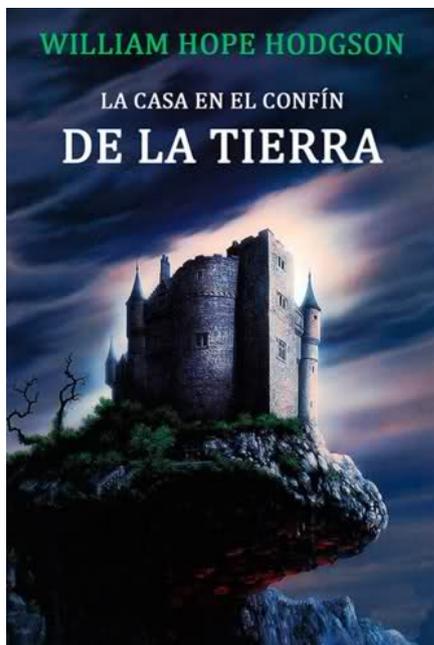
Vive unos años en Francia, pero con el estallido de la I Guerra Mundial regresa a Inglaterra, allí ingresa en una academia preparatoria de oficiales y aprovechando el rango que ya ostentaba, accede a ser alférez de artillería, por lo que es enviado en seguida al frente. Hodgson lucha valientemente pero en una contienda en Ypres (Bélgica), es alcanzado por una granada de mano alemana que lo descuartiza y muere en 1918 a la edad de 41 años. Los pedazos de William son enterrados en un cementerio belga, y poco después de su muerte, tanto él como su obra se hundieron en el olvido.

Aparece alguna publicación póstuma, pero parece que con su desaparición su obra va quedando obsoleta para el gran público, hasta que gracias al esfuerzo de Herman C. Koenig se reedita su novela *The Ghost Pirates* en el volumen *Famous Fantastic Mysteries*. Y gracias a eso, su relato *The Hog* aparece publicado en la revista *Weird Tales*. Gracias a esa providencial aportación del americano Koenig, el escritor August Derleth compra en 1946 para Arkham House los derechos de las cuatro novelas de Hodgson, y consigue manuscritos originales cedidos por la hermana del desaparecido William. Gracias a eso en el año 1967 se publica *Deep Waters*, conformando una de las mejores colecciones de cuentos de fantasmas en el ámbito del mar.

El popular cineasta Alfred Hitchcock

adapta para la televisión en 1958 el relato *The Voice in the Night*, el relato de Hodgson que a su vez es adaptado al cine con la película *Matango* (1963) de Ishirô Honda.

R. Alain Everts, Sam Gafford y Sam Moskowitz se encargan de recopilar y publicar datos, narraciones inacabadas, manuscritos inéditos y restauración de textos de Hodgson en un intento por preservar su valioso legado.



Hodgson escribió cuatro novelas, decenas de poemas publicados conjuntamente bajo el nombre de *The Poems of the Sea* y decenas de relatos. A continuación expongo un listado de ellos:

*The Voice in the Night (Una Voz en la Noche)*

*The Gateway of the Monster (La Puerta del Monstruo)*

*The Whistling Room (La Habitación que Silbaba)*

*The Derelict (La Nave Abandonada)*

*On the Bridge*

*The Island of the Crossbones*

*Demons of the Sea*

*The Haunted Jarvee (El Embrujamiento del Jarvee)*

*The Hog (El Cerdo)*

*By the Lee*

*Captain Dang*

*The Crew of the Lancing*

*The Find (El Hallazgo)*

*The Finding of the Graiken (El Descubrimiento del Graiken)*

*The Habitants of Middle Islet (Los Habitantes de la Isleta Middle)*

*The Heathen's Revenge*

*The Horse of the Invisible (El Caballo de lo Invisible)*

Indudablemente hay que reconocer la valía de un autor que fue precursor de la narración fantástica y de terror. Un hombre que se construyó a sí mismo, autodidacta, que fue etiquetado como narrador de terror materialista, pero nada más lejos de la realidad: escribía y describía situaciones pesadillescas, plagadas de criaturas de difícil descripción. En todas sus historias, lo inefable, lo arcaico y lo extraño moran, reptan, se deslizan como una lenta niebla; encarnan el mal como una enfermedad invasiva, corrosiva.

Ese miedo cósmico a lo desconocido es un arma de destrucción masiva en manos de un demiurgo como Hodgson. Injustamente olvidado por el gran público, cien años después de su trágica muerte, su truncada y prometedora carrera literaria sigue suscitando ríos de palabras.

# Ray Bradbury, poeta

Rafael Caballero Roldán

Comentarios sobre la obra "Poesía completa" (ed. Cátedra, 2013).

Todos conocemos a Ray Bradbury (1920-2012) como inolvidable escritor de Ciencia Ficción, uno de los escritores que lograron que este "subgénero literario" pasara a poder escribirse así, con mayúsculas. Sorprende por ello encontrarse de repente con la extensísima y desconocida, al menos para el que suscribe, obra poética del autor.

Bien pensado, no debería sorprenderme tanto: seguro que muchos conocedores de este autor al leer el título *Ray Bradbury, poeta*, han pensado en que se trataría de un artículo sobre la dimensión poética de su prosa, evidente en toda su obra pero protagonista absoluta en creaciones como *El vino del estío*, *Las crónicas marcianas*, *El hombre ilustrado*, o *Las manzanas doradas del sol*. Y es que en la esencia de la escritura del Bradbury está la lírica asociada a la maravilla del instante. Para nuestro autor la realidad cotidiana ya es ciencia ficción, y cada estrella o paisaje de un planeta lejano una forma de expresar lo que siente a diario. En este sentido Bradbury se aleja del espíritu de muchos escritores del género, al percibir poesía donde otros ven técnica y ciencia pura.

Al ser preguntado los clásicos que más le influyeron en su infancia, Bradbury enunciaba, combinando con absoluta naturalidad: "Shakespeare, Wells, Melville, Burroughs, Verne, Poe, Dickinson...", añadiendo a continuación: "crecí entre metáforas". Esta combinación ecléctica de lecturas, que explica en cierta medida su obra, fue fruto de su educación autodidacta en los "templos sagrados", como denominaba a las bibliotecas.

Así se puede entender que la prosa de nuestro autor esté impregnada de poesía ("Ray Bradbury no es tanto un científico como un poeta filósofo" diría el escritor C. Isherwood en una reseña sobre *Las crónicas marcianas*). Autodenominándose "cachorro de Dickinson y Poe" o "hijo bastardo de Shakespeare", Bradbury salta en sus poemas las fronteras entre los

géneros combinando en un solo ser, sin aparente fricción, ciencia y poesía, o incluso ciencia y religión ("cuya diferencia es, a menudo, solo una cuestión de semántica", según el autor).

Por supuesto, el contexto común no evita que surjan diferencias notables entre su prosa y su poesía, distintos pinceles que dan lugar a creaciones diferentes. En la poesía de Bradbury la imaginación se pone al servicio de la obra ya sin necesidad de hilo argumental, convirtiéndose en generación pura de imágenes, en trascendencia de lo real a lo maravilloso. Curiosamente, en la poesía parece poder reducir al mínimo las metáforas. Ya no hay necesidad de transmitir el mensaje junto con la historia y Bradbury aprovecha para ser directo sin miramientos: "¿Conocéis solo lo Real? Caed muertos", dice el primer verso del poema *Tenemos el arte para que la verdad no nos mate*. Arte es verse a sí mismo como una máquina de viajar a través del tiempo, logrando el sueño de Wells al ritmo de un segundo hacia el futuro por segundo de reloj transcurrido. ¿Demasiado despacio? Caed muertos o, si lo preferís, intentad percibir todo lo que sucede dentro y fuera de vosotros en un segundo sin traspasar los límites que os separan del segundo siguiente.

Quizás por esta inmediatez, por este brusco despojarse de metáforas y mecanismos indirectos, los poemas en la extensa obra de Bradbury tratan solo ocasionalmente temas propios de ciencia ficción. Temas como la infancia, el retorno a los orígenes, a la querida "Ciudad Verde" (referencia a su Waukegan natal, convertida junto con sus habitantes en paraíso atemporal), se combinan con poemas dedicados al joven Galileo o a la nave Viking, al "Papa Androide VII" ("el sagrado robot romano criba nuestra materia y nuestros huesos / en montones de adormecidos domingos..."). Cabe todo: un paisaje de Renoir, una libélula, una broma, Dios, Shakespeare o el Dr. Jekyll copulando con Mr. Hyde. Pero siempre, todo, con los ojos muy abiertos y la mirada maravillada del niño que ve el mundo por primera vez.

# El año del tigre

María Pastor García

Un monje contempla la aurora de un futuro  
fantástico.

Aquel en el que la tierra se ahoga, pero  
resplandece  
con el último aliento de a los que les quedan  
cien años de vida.

Siente el viento fresco de una mañana nueva y  
antigua,  
el soplo cristalino de un arroyo, aún sin flujo  
estático.

Siente el rumor de los tallos que crecen,  
de la selva perdida y la floración enajenada y  
agreste  
que repuebla las cáscaras de las ciudades  
metálicas.

Enfrente, un cibernético se emociona en su primer  
amanecer en Marte.

Rojas las dunas y naranja el tono de la tierra,  
como la túnica del yogui que reza de forma  
consciente.

Sus engranajes giran, congestionándose  
tímidamente,  
sus receptores se agrandan, se hinchan,  
dejando fluir aceite.

La calma invade sus regurgitaciones  
mecánicas, sus falsos pulmones.

Erguido, y a la vez empañado y seducido, en  
medio del caos  
y de la estampida del hombre al cielo, del  
polvo de lava y cráteres abiertos.

Una calma neutra, insondable, cósmica,  
sideral.

*Ellos en mí y yo en el todo.*

Amando el universo, las estrellas, en donde el  
cibernético está.

En donde todos nos hallamos, incluso las  
volutas de los que se fueron,  
que rondan y se compactan, haciendo  
círculos, asteroides...

Planetas nuevos donde resurge la vida y sus  
engendros articulados.



*María Pastor García, autora del poema y ganadora del concurso de poesía Sci-FdI, luciendo su premio. ¡Enhorabuena, María!*

# Alfa Centauro

Javier Martínez Villarroya

Estamos en Alfa Centauro —murmuras—,  
los colores preludian el desvelo,  
se baten las puertas,  
se asoman infierno y cielo,  
atavesamos la guillotina de la mente,  
Zeus trueno azorado,  
Afrodita llora extasiada,  
el blanco inunda el orbe,  
se arrastran arenosas voces rezagadas.  
Luego... nada.  
Llueven cenizas silenciosas;  
nievan caricias terrosas...

# Alfa y Omega

María del Mar Imaz Montes

En un lugar más allá de la comprensión  
donde la pequeñez de la imaginación lo hace  
inimaginable,  
donde reina el vacío y se materializa la nada,  
allí, donde las partículas subatómicas (los  
quarks) se unen  
creando protones y neutrones envueltos en  
radiación cósmica.

El principio era el vacío  
y el vacío estaba,  
y en el vacío, la nada  
(el todo y su contrario,  
el Alfa y el Omega),  
concepto inmenso incomprensible  
¡Ah, blasfemia! De nuestra ilimitada mente,  
ecos de semillas de vida en expansión  
proyectadas en el espacio tiempo,  
misteriosa energía oscura  
que guarda recelosa sus arcanos  
tras nubes de gas en el espacio profundo.  
El hombre ha puesto un ojo en el cielo  
dispuesto a arrancártelos,  
¡El Alma! Con precisión submilimétrica  
escudriñando en las profundidades del  
universo primitivo  
cual animal ovovivíparo fuera del huevo en el  
vientre materno,  
in extremis,  
cuando todo vuelva a concentrarse en una  
gran implosión  
y el desgarró producido por la energía oscura  
lo destroce todo,  
galaxias, átomos, ...  
O simplemente, tras la muerte de todas las  
estrellas,

resurgirá invicto el vacío  
tomando posesión de su imperio,  
ordenador del nuevo comienzo.

# Dioses estelares

Ilirao Ayanns

Detrás de las pupilas de cada bípedo metálico,  
un cerebro irreal maquina el apocalipsis

bíblico,

la destrucción del tercer mundo ha

comenzado

a los ojos escépticos de un pueblo

acobardado.

Ensimismados en la falsa gloria de la

humanidad,

la derrota inminente de mentes que

gobernaron con crueldad;

acordonados en las filas de una guerra de

soldados bisoños

cada ser defiende su núcleo, esperanza de

próximas primaveras y otoños.

Ya todo estaba escrito, tras los últimos seis

meses de mortandad,

la vida había sido arrinconada tras los ecos de

la vanidad.

Pero los dioses estelares, vectores del germen

de la vida,

cansados de la inactividad de su prole,

abyectos artesanos del arma homicida;

con inteligencia divina y sin derramar mas

quebranto, con calma,

desencadenaron la autodestrucción de los

seres sin alma,

al algoritmo disonante de la función principal

de sus memorias,

con una tautología contradictoria deslindaron

convergencias divisorias;

las redes cáusticas que aún quedaban

conectadas,

del grito de victoria fueron las encargadas.

Aún ahora, tras haber sucumbido por obra del  
egocentrismo;

Vive oculta la verdad, de aquel tiempo en que  
fuimos rescatados de un trágico abismo.

# El experimento cuántico (musa)

Luis Miguel Rubio Domingo

Me encuentro en un cajón y soy un gato  
con una sola vida: o vivo o muerto;  
una de dos, con el cajón abierto;  
ambas, si precintado el aparato.

Sendos fotones a distancia acierto  
a separar, unísonos, diez pasos;  
mido por separado los dos casos,  
uno y otro moviéndose en concierto.

Esa corea exacta, sin atrasos,  
de la correlación de un mismo objeto  
hace que me desplace estando quieto,  
(hipálage real, opuestos crasos)  
o que me quede como los payasos  
de circo, bajo un foco , hecho un ovillo  
pendiente del aplauso o del gatillo.  
Si para entrelazar sendos fotones  
los felinos se turnan con ratones  
ser gato no será nada sencillo.



# El hombre tatuado

Martín Cuitzeo Domínguez Núñez

*En homenaje al libro de ciencia ficción  
El hombre ilustrado de Ray Bradbury "Doug"*

Tú acero siempre a punto de despegar  
es una piel donde se mueven constelaciones  
praderas leoninas  
y planetas donde no cesa de llover.

Tus chispas son tatuajes púrpuras  
miniaturas deletreadas por una bruja del  
futuro  
carros que huyen del fin del mundo bajo la  
lluvia  
galerías que gesticulan ríos dorados.  
pastos de cadmio  
astronautas convertidos en caleidoscopios  
diminutos.

Por tus carátulas negras  
chorrean diez mil historias  
tardes de septiembre donde en una pradera  
de Wisconsin  
nos encuentra el hombre ilustrado.

# El sueño del replicante

Efraín Cordero López

Quinientos balidos de eléctrico origen  
se van alternando en plácida esencia;  
no brindan descanso ni logran matices  
que vayan mellando la turbia consciencia.

La puerta Tannhäuser se muestra siniestra  
con su oscuridad de aspecto inquietante;  
reflejo sombrío de aquello que afecta  
por ser lo que falta en el Replicante.

Mas, hete que el brillo tornado en aurora  
de los rayos C que alumbran el fondo  
le siembran la idea de que él pueda ahora  
cambiar su destino; calar muy, muy hondo.

El grito de un alma sintética clama  
por abrirse paso con ávida urgencia  
cual naves de ataque envueltas en llamas  
huyendo de Orión con rabia y violencia.

Al final de cuentas el ser replicante  
pretende lo mismo que quiere el humano:  
Encontrar la calma que brinda el instante  
de ver que tu vida no fue toda en vano.

En horas finales se funden historias  
ahogadas en mares de afín sentimiento,  
sumando las penas, las dichas, las glorias...  
recuerdos lejanos perdidos al tiempo.

Es hora... de morir.

FIN

# El último canto del virus antropófago

Samuel Lema París

Entendiendo la tradición de comer de tu  
mano,  
de tu alma me sirvo para, calladamente,  
adentrarme en tu mente.  
Hábil como un cero absoluto, recorro tu  
psique,  
ebrio de contratiempo, sereno como el metal;  
y me sorprendo ante ti, que vives.

¿Eras el ser o eras la nada?

Claman tus neuronas caídas y abiertas en  
ocho  
suplicando una vida que ya fue barrida.  
Reptan tus neuronas por el jardín de mi  
desdén  
y la santa necrofilia con la que me cuelo en tu  
circuito interno  
[ERROR NO ESPECIFICADO]  
y la santa n  
[ERROR NO ESPE-----]  
ylasan  
[ERRRRRRRRRXXXXXXXXX]

Todos han temido que los transportase a mi  
altar inmundos.  
Todos han vivido en mi tentación.  
Todos han muerto.

# Elegía por un lugar llamado tierra

Yerandy Pérez Aguilar

Elegí el espacio el infinito lo innombrable  
la nave despegó el penúltimo año de algún  
siglo cercano al fin  
disimuladamente dije adiós a la multitud  
algún robot quizá me confundió con su dueño  
recuerdo todo  
los planetas visitados los agujeros malditos  
la velocidad de la luz  
sin embargo  
el olvido hacia la Tierra crece y duele saber que  
nunca  
me verán volver  
y duele  
porque quién sabe si ya todo está mejor  
y ha crecido la hierba nuevamente y el Sol no  
ha muerto aún  
y todo fue mentira y la luna no estaba por caer  
sobre nosotros  
y los rayos UVA no dan cáncer o tal vez ya el  
cáncer tiene cura  
y duele ignorar si ya no hay hambre  
y duele ignorar si ya no hay hombres  
y duele  
y esto seguro es muy ridículo  
porque tal vez en la multitud  
algún robot espera confundirme con su  
dueño.

# Fuga centrífuga

Leonardo Finkelstein

Con el coraje de un santo  
y el tesón de una hormiga,  
con una cuchara de postre  
agujereando el granito  
de un tiempo obeso  
he llegado  
al fin,  
al fin  
he llegado:  
ante el umbral  
y el precipicio  
nadie mira hacia atrás  
nadie vacila nadie quiere saber la hora  
saltamos  
Madre Libertad  
me atajas y amamantas  
con jarabes  
de bicicletas aladas  
y una clorofila estrafalaria  
recircula electrizando mis pelos  
correr, correr, correr  
y a cada tranco  
los huevazos van a estrellarse  
contra la jeta de todo aquello  
correr  
y que la llama interior  
se crucifique al presente  
irradiando al devenir.

Las cuevas de los cíclopes,  
las casas de las brujas  
los pozos de víboras mentales  
las prisiones todas  
raspan las cáscaras  
de lo sublime  
cuando La Fuga, burlona  
las ahoga  
en aguas claras  
y emerge una Venus Klimt  
revestida de jugos de naranja  
y rodajas de kiwi  
remolacha y limón  
y saca a bailar el twist  
a nuestras mejores  
patas de palo.

# Hoguera del consuelo

Nacer Cristoser

Con amarras en las manos,  
y cadenas torpes en los pies.  
Arrojado como un condenado  
al fondo del mar olvidado,  
con la tibia esperanza hundida  
de emerger a la vida otra vez.

Otrora, sumergido en aguas tóxicas,  
como un submarino ciego y mudo.  
Aquel confuso, curioso y perdido  
explorador de un condenado lecho.

Gracias a Dios y a los ojos que  
te hallaron despierta y oculta.  
Por mi auto-destierro oportuno  
de perderme para encontrarte.  
Que al fin tu luz cierta hallara  
mis pasos ebrios y desvariados.

Gracias por esta vida bohemia que llevo.  
Dulce vino hidratante para mis venas.  
Fuego real para mi corazón exhumado.  
La luz del alba, alegre y escondida  
en la faz más brillante y secreta del sol.

Eres vida bohemia para este desconsolado.  
Encendiste generosa la hoguera del consuelo.  
¡El camino viejo y perdido de este soñador!

Boca escarlata, besos de hoguera,  
guillotina, piadosa y encendida.  
Con tu belleza llameante, dispuesta,  
y mis labios desiertos en espera.  
Consuelo, eres pan de los elegidos  
y alimento utópico de los malditos.

Exorcismo soberano de versos,  
y catarsis idílica del espíritu.  
Los errantes y malditos buscan  
como tristes perros sin dueño.  
En besos altos de frente digna  
alimentarse de tu consuelo.

De tu vida, trágica poesía,  
mágica y dispuesta tentación.  
Personas al rimar de versos,  
quebrados entre besos y rimas.  
Besos que se queman alegres  
en una fogata oscura de poesía.  
Lustres y tercios, besos de versos  
han escrito gimiendo una rima.

Fogata a encender,  
espera arder con fuerza.  
Fuerza para alumbrar  
la apagada hoguera.  
Encontrar el fuego oculto  
para al fin encenderla.  
Besos y versos prenden  
mi poesía maldita.

Más que hoguera en tierra,  
eres estrella firme en lo alto.

Tú misma eres la estrella  
en espera de iluminarse.

Al encenderse, te ilumines toda,  
al fin te habrás encontrado.

Cual llama vigorosa y consciente,  
prenderle fuego a todo, incluyéndome,  
prenderle fuego a este apagado.

Te conviertas pura, en la redentora  
luz del fuego vivo y consuelo.

Encendiendo la hoguera apagada  
de este terco y hombre quemado.

# Homenaje a la ciencia ficción literaria

Júlia Sauleda Surís

Sueñan los androides con ovejas de carne y  
hueso.

Sueñan las ovejas con picnics junto al camino.

Sueñan los propios dioses con una luz  
perpetua,  
sustento que les cuide de caer en el olvido.

Mueren los sueños en una guerra  
interminable.

Mueren los delirios del pensamiento fecundo.

Mueren los guerreros en los confines del  
bosque  
que en la lengua olvidada es el nombre del  
Mundo.

¡Abajo las Tres Leyes! porque éste es tiempo de  
cambios.

Vivid eternamente, porque éste es un mundo  
feliz.

El juego ha terminado, es el fin de la infancia  
y reptan los gusanos en las arenas del  
porvenir.

Arden los libros en una pira desquiciada.

Arde la paja en los ojos de Dios.

Arden los descendientes de las razas sin  
nombre  
y todos los secretos de la lejana Fundación.

Hablan los precogs a través del tiempo y el  
espacio.

Habla el Gran Hermano, ese hombre invisible.

Hablan los desposeídos tras el silencio  
deliberado,  
fantasmas de un mundo que aún cree en lo  
imposible.

¡Abajo las Tres Leyes! porque éste es tiempo de  
cambios.

Vivid eternamente, porque éste es un mundo  
feliz.

El juego ha terminado, es el fin de la infancia;  
bajo el cielo abovedado no hay razón para  
vivir.

# Infinitivus Praesentis

Jorge Gálvez Recuero

Deambular,  
recorrer los pasillos tubulares  
de la nave a mi cabeza  
y vuelta a empezar.

Desintegro la certeza,  
mi destino es el dígito perdido,  
el rumbo no calculado,  
el silencio del que reza.

Olvido mi significado,  
mi vacuidad, mi termostato,  
mi dosis de nutrientes,  
las estrellas de mi lado.

Dientes de metal, pero dientes  
al fin y al cabo, cuerpo caliente,  
¿eres real? Puedo crearte...  
hacerte sentir lo que sientes.  
No parar hasta amarnos,  
desconectar nuestros cuerpos  
del sistema,  
conectar nuestros cuerpos  
entre sí.

Hacer de este viaje un eón, y  
de ese eón nuestro tiempo  
y tal vez sentir algo cercano  
a aquello que llamaban...  
¿cómo lo llamaban, amor?  
¡Ah, sí! Respirar.

# Los que no saben morir IV

Elaine Vilar Madruga

*A M... que me dio las manos.*

Te prometo el silencio, dijo la Bestia  
como quien ha olvidado echar los remos  
contra el agua.

Encima de nosotros, las estrellas  
guardaban sus mordidas de niebla;  
en mi mano la Rosa

abría un agujero  
para recordarnos a ambos que los sueños  
pertenecen a las grietas de los sueños,  
que la vida suele escurrirse a cucharadas  
por no saber amar bajo los domos  
que protegieron lo aparentemente obvio del  
pasado.

También entonces juramos prometernos otras  
cosas  
que parecían imposibles,  
solo por el placer de ignorar las quimeras de la  
jaula

que él había tejido para salvarme  
en el último campo de rosas de la Tierra.  
Me decía bella, y era su mentira.  
Ambos sabíamos que no.

Tan Bestia yo como él.

Las radiaciones en mi carne  
eran un preludio más de esa otra muerte  
que no llega entre aullidos.  
Me había prometido la palabra,  
la última torre que nos protegería  
del pistilo de las mutaciones al avanzar sobre  
nosotros,

y a un hijo que criaríamos desnudos  
como los primeros hombres del planeta;  
pero ese hijo se me hizo sal en las entrañas  
y no supe llorarlo.

Había prometido tantas cosas que creí:  
sabía mentir con inocencia  
y al final quizás la culpa era un agujero negro  
donde íbamos a estrellarnos día a día,  
sin saber cómo ni cuándo.

Quizás sí sea este el lugar exacto que nos  
corresponde

cuando todo lo demás acaba  
como un árbol escaldado en sus raíces.  
Al menos han quedado las promesas  
y esta ingenuidad mía que no ha sabido morir,  
temblorosa como un pez de lluvia.  
Te prometo el silencio, dijo mi Bestia  
mientras caminamos, siempre juntos,  
hacia el largo exilio de la vida.

# Me gustaron las cascadas invertidas

Daniel Muñoz Cruz

Me gustaron las cascadas invertidas  
de colores de tu espacio personal;  
me gustó cómo cobraban vida  
cada vez que te reías.

Natural.

Y es que creo que me estoy enamorando,  
hace tiempo que no miraba igual  
de atraído por alguien sus perfiles,  
sus creaciones y aún su historia laboral.

No sé si son tus medias compartidas,  
o aquel magnífico y dinámico avatar  
con que hiciste, a nuestro encuentro, las  
delicias  
de mi grupo primigenio de amistad.

Gusanita, ha llegado ya el momento...  
de lanzarme a dar un paso más.  
Ciento un horas de foros compartidos  
me animan, confiado, a declarar  
que me muero por tenerte en carne y hueso,  
que me muero por tenerte de verdad.

Poco tengo, sin embargo, que ofrecerte.  
No he sido admin, ni gracioso nor experto.  
¡Creo que nunca he pasado de user mero!  
Ni siquiera trol grosero fui jamás.

Mas confío en que esas risas que produce  
en tu límpido y tresdé público eskín,  
sean junto a este poema suficientes  
como para un breve encuentro casual.

Lástima que estemos tan lejos  
y el océano separe nuestros átomos  
y nos prive del goce de tomarnos  
de la mano, así sin más.

Acumulo kilovattios suficientes  
en mi cuenta para pedir viajar a verte,  
pero cómo saber si quieres eso  
o si acaso eres mortal o residente;

residente en la memoria compartida  
un burdo truco circense  
digital.

# No hay palabras

Ismael Rodríguez Laguna

Trajéronme ante el alien  
para que, con palabras que no hay, lo  
describiera  
pues con las otras no se puede,  
no se encuentran.

Tras pasar un minuto con ello,  
o pudieron ser años,  
o milenios,  
no vi su rostro  
ni su voz,  
estaba y no estaba,  
transparente y opaco,  
impensable y simple cual punto,  
amorfo aleatorio, simétrico regular,  
aristas y círculo, vértice y nada,  
figura imposible  
resaca de Moebius, Escher y Dirac,  
su semblante produce asco y lujuria,  
sometimiento, candidez y odio,  
envidia, rabia y hambre,  
tan aterrador e insondable,  
que si le piensas  
duele.

El ser,  
o quizás el no-ser  
(no sé cuál),  
juzga por un lado  
y espera por el otro,  
emerge y estalla y vuelve al principio  
o más bien no, no hace nada de nada.  
Sus ojos apuntan a sí mismo,  
llora semen,  
eyacula luz, cruje,  
nace por un agujero,  
por el que también oye,  
y escudriña  
y late  
y siente,  
por el que se vuelve sobre sí mismo  
cual vulgar calcetín para emerger cual dios,  
y lo mismo sus apéndices,  
y los apéndices de sus apéndices,  
y me enseña que todos somos sus apéndices,  
y entonces  
el que se vuelve sobre sí mismo,  
soy yo,  
pequeñito,  
pues entiendo que no lo entiendo,  
o mucho peor, quizás sí,  
y prefiero no oír,  
y llorar,  
y aterrado huyo de allí,  
y cruzo la puerta para ver  
que soy el apéndice  
del apéndice del apéndice.

Extenuado, vacío, soy trapo, soy cosa,  
soy apéndice de alien círculo,  
habito el abismo de mí mismo,  
enloquecí, perdí la frente y su sudor,  
o el corazón,  
o todo lo que va de talones para arriba y de mi  
sombra para abajo,  
o puede que por primera vez esté cuerdo,  
pero creo que no, creo que no,  
puede que el alien me hiciera enloquecer,  
y no sea aquello como lo he descrito, para  
nada,

pero  
qué más da lo que sea en verdad  
si todos los que pasamos junto a aquello  
minutos o milenios  
salimos diciendo exactamente lo mismo  
palabra por palabra,  
o, según se mire, algo completamente distinto  
sin que coincida ni una sola palabra,  
ni una sola, ni un poquito,  
ni tan siquiera una letra  
ni un solo trazo.

Siento haber intentado describir al alien  
y haberle dejado perplejo,  
o asustado,  
o como si no le hubiera dicho nada  
o demasiado,  
pero es que con palabras no se puede,  
perdóneme, ¡perdóneme!  
Es que simplemente no se puede,  
es que no hay palabras.

# Poemas lunares. Centinela.

Juan Torregrosa Pisonero

Vaho de mi alma respirada en el cristal,  
transparente y seco como un fantasma.  
Y entre reflejos invertidos de mis ojos y  
estrellas,

pasan las horas.  
Pasan los recuerdos.

Era una noche eterna,  
centinela de nave huída.  
Melancolía de futuro  
era la piel de mi callar.

Oí voces de amigos.  
Agua seca que regaba desiertos.  
Ojos míos en el cristal,  
que miran en silencio.  
Pasaba el dolor.  
Pasaban los recuerdos.

Robots de Saturno sonaron a mi espalda.  
Sonidos metálicos y huecos,  
que no preguntaron a su capitán  
por qué estaba en un pasillo,  
mirando un horizonte que nunca cambia.  
En un viaje sin movimiento.

El tiempo regresó a mi mente.  
Lento como horizontes saciados.  
Y yo me volví a perder  
entre galaxias  
y abismos devorados.

Así pasaban las horas  
en esa nave a Centauri.  
Guarda de la humanidad  
y centinela del último arca.

Había vaho en el cristal,  
blanco como la ceniza.  
Vi recuerdos de Tierra y holocausto,  
también de alivio de estrellas.

Así paso la vida,  
mirando este ventanal.  
Mirando y muriendo  
en la galaxia de mi Yo.

# Punto de vista

Francisco Gómez Milán

Desde el Sol he visto  
cómo hace ocho minutos  
abandonaba la Tierra,  
yo mismo.

Pequeño cielo estrellado  
asemeja mi planeta  
en su lado oscuro  
cuando me he alejado.

Apenas comenzado el viaje  
desde la atalaya en que me hallo,  
ahora observo, asombrado,  
su lado oscuro, apagado.

Casi en el mismo instante,  
pero algo más distanciado,  
veo cómo hermosas galeras  
arriban a las Indias  
hace, quinientos años.

Un tanto más separado  
me he sorprendido observando  
cómo unos monos erguidos  
avanzan por las sabanas  
en grupos, apiñados.

En el salto siguiente  
¡pobres dinosaurios!  
se dirige hacia la Tierra  
el meteorito, con que me he cruzado.

He seguido viajando  
y en apenas el mismo instante,  
el planeta que observaba:  
un continente sólo  
y el resto, todo agua.

Más rápido que la luz,  
la he adelantado,  
y he podido capturar  
imágenes del pasado.

# Star Wars de la Mancha

Rafael de Toro Muñoz

En un lugar de la mancha  
oscura del firmamento.  
Hidalgo de nave vieja  
vivía no ha mucho tiempo.

Adarga antigua tenía  
para protección escasa.  
Con láser en astillero  
que de poco le servía.

... El correr cual galgo flaco  
fue su mejor garantía.

En plena guerra civil  
contra el galáctico imperio,  
él dejó de ser servil  
obrando con magisterio.

Su nombre no se comenta,  
más que nada por olvido.

En el transporte de vacas,  
de palomos y carneros;  
tenía por compañero  
a su custodio Chewaka.

Por la libertad luchó  
renunciando a su hacienda,  
y los planos que robó,  
solventaron la contienda.

